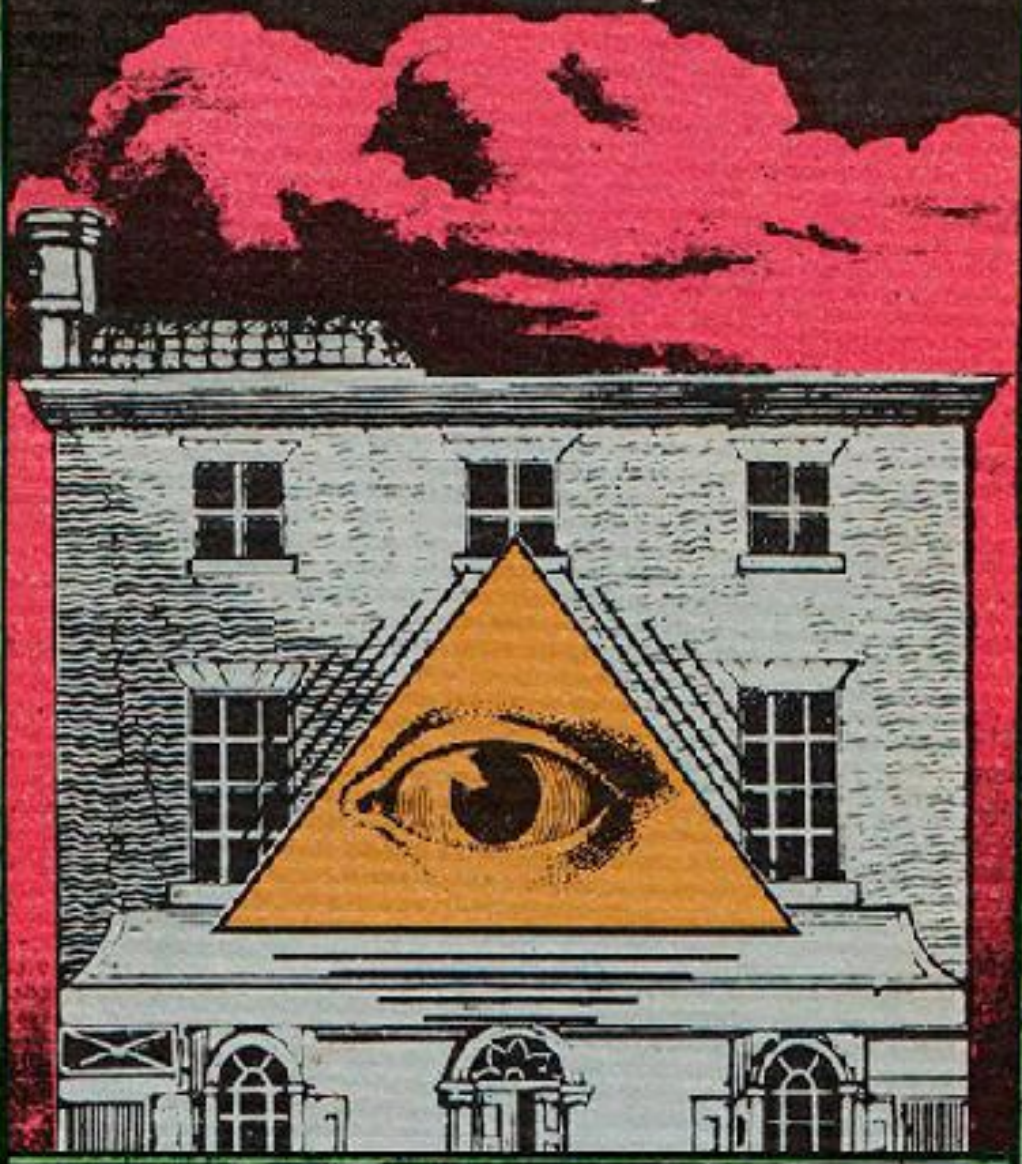
CHESTERTON

El ojo de Apolo



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Cabe prever una época en que el género policial, invención de Poe, haya desaparecido, ya que es el más artificial de todos los géneros literarios y el que más se parece a un juego. El propio Chesterton ha dejado escrito que la novela es un juego de caras y el relato policial un juego de máscaras… Pese a esta observación y al posible eclipse del género, estoy seguro de que los cuentos de G. K. C. siempre serán leídos, ya que el misterio que sugiere un hecho imposible y sobrenatural, es tan interesante como la solución de orden lógico que nos dan las últimas líneas.

Jorge Luis Borges

G. K. Chesterton

El ojo de Apolo

La Biblioteca de Babel 15

ePub r1.3
orhi 06.06.2015

Titulos originales: *The Three Horsemen of Apocalypse*
The Queer Feet
The Honour of Israel Gow
The Eye of Apollo
The Duel of Dr. Hirsch
G. K. Chesterton, 1911
Traducción: Jorge Luis Borges & Jose Luis López Muñoz & Adolfo Bioy Casares

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Astennu, origen y supervisor
ePub base r1.2

Prólogo

«El mundo era muy viejo, amigo mío, cuando nosotros éramos jóvenes…», escribe Gilbert Keith Chesterton en la dedicatoria de El hombre que fue jueves. *En efecto, la adolescencia de Chesterton, que nació en 1874, corresponde a los años desesperados y crepusculares del simbolismo y del decadentismo. De esa negación lo salvaron la gran voz americana de Whitman y la de Stevenson, muriendo en una isla del Pacífico y «cantando como un pájaro canta en la lluvia». Afirmar que un hombre bondadoso y afable como G. K. C. fue también un hombre secreto, que sentía el horror de las cosas, puede asombrarnos, pero su obra, contra su voluntad, lo atestigua. Así compara las plantas de un jardín con animales encadenados, el mármol con una luz de luna maciza, el oro con una hoguera congelada y la noche con una nube mayor que el mundo y un monstruo hecho de ojos. Pudo haber sido Kafka o Poe pero valerosamente optó por la felicidad o fingió haberla hallado. De la fe anglicana pasó a la católica, que, según él, está basada en el sentido común. Arguyó que la rareza de esa fe se ajusta a la rareza del universo, como la extraña forma de una llave se ajusta exactamente a la extraña forma de la cerradura.*

En Inglaterra, el catolicismo de Chesterton ha perjudicado su fama, pues la gente persiste en reducirlo a un mero propagandista católico. Innegablemente lo fue, pero fue también un hombre de genio, un gran prosista y un gran poeta.

No deja de ser significativo que sus dos espléndidas epopeyas, The Ballad of the White Horse (1911) *y* Lepanto *(1912), conmemoren victorias de cristianos sobre paganos. La primera celebra una batalla de Alfredo el Grande contra los vikingos; en la segunda van apareciendo el Sultán de Bizancio, Mahoma en su terrible paraíso, Felipe II, el Papa en su capilla secreta, Miguel de Cervantes envainando la espada y soñando ya con Don Quijote y la sombra constante de Don Juan de Austria, tensa hacia la gloria. Sin desmedro de su gran amor por Inglaterra y por Francia, Chesterton siempre vio en Roma el centro del mundo. Leemos en una de sus cartas: «Es insensato ir a Roma si no se tiene la convicción de volver a Roma.»*

La labor crítica de Chesterton —los libros sobre Dickens, Browning, Stevenson, Blake y el pintor Watts— es no menos encantadora que penetrante; sus novelas, compuestas a principios de siglo, aúnan lo místico a lo fantástico, pero su renombre actual se debe ante todo a lo que podría llamarse la Gesta del Padre Brown. Cabe prever una época en que el género policial, invención de Poe, haya desaparecido, ya que es el más artificial de todos los géneros literarios y el que más se parece a un juego. El propio Chesterton ha dejado escrito que la novela es un juego de caras y el relato policial un juego de máscaras… Pese a esta observación y al posible eclipse del género, estoy seguro de que los cuentos de G. K. C. siempre serán leídos, ya que el misterio que sugiere un hecho imposible y sobrenatural, es tan interesante como la solución de orden lógico que nos dan las últimas líneas. Antes de ensayar la literatura, Chesterton ensayó la pintura y toda su obra narrativa es memorablemente visual.

Su secretaria y mejor biógrafa, Maisie Ward, ha cometido la buena indiscreción de confiarnos que el maestro, antes de iniciar el dictado, trazaba furtivamente con el cigarro la señal de la cruz. Este obeso gigante no dejó nunca de entregarse al amparo divino.

Nuestro volumen incluye el que yo siento el mejor cuento de Chesterton, que arma con un largo

camino blanco, con húsares blancos y con caballos blancos una hermosa jugada de ajedrez. Me refiero a Los tres jinetes del Apocalipsis. *En* Extraños pasos *se inventa un nuevo modo de disfraz; en* El honor de Israel Gow, *el tétrico castillo de Escocia es parte esencial de un misterio aparentemente insoluble; en* El ojo de Apolo, *el culto de un antiguo dios sirve para la ejecución de un crimen; el título de* El duelo del doctor Hirsch —*no quiero ser demasiado explícito— ya es una petición de principio. El antiguo tema del doble, que ha inspirado libros famosos a Stevenson y a Dostoievski, se renueva aquí con originalidad, de muy diversos modos que no anticiparé al lector, pero que éste, suspicazmente, irá, descubriendo con renovada admiración.*

La literatura es una de las formas de la felicidad; quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton. No comparto su teología, como no comparto la que inspiró La Divina Comedia, *pero sé que las dos fueron imprescindibles para la concepción de la obra.*

Chesterton, cierta vez, estuvo a punto de visitar Buenos Aires, yo iba a ser invitado a la comida de recepción; el hecho me alegró, pero no pude dejar de sentir que mágicamente era mejor que no viniera y que permaneciera en su límpida lejanía. Además, pensé que lo conocía como a mi mejor amigo y que eso ya era suficiente.

Jorge Luis Borges

El ojo de Apolo

Los tres jinetes del Apocalipsis

La singular y a veces inquietante impresión que Mr. Pond me causaba, a pesar de su cortesía trivial y de su corrección, se vinculaba tal vez a alguno de mis primeros recuerdos y a la vaga sugestión verbal de su nombre. Era un viejo amigo de mi padre, un funcionario; y sospecho que mi imaginación infantil había mezclado de algún modo el nombre de Mr. Pond con el estanque del jardín. Pensándolo bien, se parecía extrañamente al estanque. Era, en general, tan sereno, tan regular y tan claro en sus habituales reflejos de la tierra, del cielo y de la luz del día como aquél. Y yo sabía, sin embargo, que había algunas cosas raras en el estanque del jardín. Una o dos veces al año el estanque parecía un poco distinto: una sombra fugaz o un destello interrumpía su lisa tranquilidad, y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían un instante a la superficie y luego se perdían. Tomaban las formas de observaciones monstruosas en medio de sus observaciones inofensivas y razonables. Algunos interlocutores pensaban que en la mitad de un diálogo juicioso se volvía loco. Pero también reconocían que regresaba a la cordura inmediatamente.

Una tarde, hablaba muy juiciosamente con Sir Hubert Watton, el conocido diplomático; estaban sentados bajo enormes quitasoles, mirando el estanque, en nuestro jardín. Hablaban de una parte del mundo que ambos conocían y que en Europa Occidental se conoce muy poco: las vastas llanuras anegadizas que se deshacen en pantanos y ciénegas en los confines de Pomerania y de Polonia y de Rusia, y que se dilatan acaso hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que en una región de profundas ciénegas, cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un solo camino en un estrecho terraplén empinado: una senda no peligrosa para el peatón, pero escasa para que dos jinetes pasen a un tiempo. Este es el principio del cuento.

Se refiere a un tiempo no muy lejano, a un tiempo en el que aún se usaban tropas de caballería, aunque más para correos que para combates. Baste decir que esto ocurrió en una de las muchas guerras que han arrasado a esa parte del mundo, si es posible arrasar un desierto. Esa guerra entrañaba la presión del sistema prusiano sobre la nación polaca, pero es innecesario formular la política del asunto o discutir el pro y el contra. Digamos ligeramente que Mr. Pond divirtió a los presentes con un enigma.

—Espero que ustedes recordarán —dijo Pond— el revuelo que produjo Pablo Petrovski, el poeta de Cracovia, que hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de Cracovia a Poznam y ser a la vez poeta y patriota. La ciudad en que vivía estaba ocupada en ese momento por los prusianos; estaba situada exactamente en el término oriental del largo camino; pues, como es de imaginarse, el comando prusiano se había apresurado a ocupar la cabeza de puente, de ese puente tan solitario, sobre ese mar de ciénegas. Pero su base estaba en el término occidental del camino: el célebre mariscal von Grock tenía el comando supremo; y su antiguo regimiento, que seguía siendo su regimiento predilecto, los Húsares Blancos, estaba acampado cerca del extremo occidental del alto camino. Por supuesto, todo era impecable, hasta el menor detalle de los espléndidos uniformes blancos, atravesados por el tahalí llameante —esto era anterior al empleo de los colores del barro y de la arcilla para todos los uniformes del mundo—. No los repruebo. A veces pienso que el tiempo de la heráldica era más hermoso que el tiempo del mimetismo que trajo la historia natural y el culto

de los camaleones y de los escarabajos. Sea lo que fuere, este regimiento de caballería prusiana usaba su propio uniforme; y, como verán ustedes, ése fue otro elemento del fiasco; pero no sólo eran los uniformes; era la uniformidad. Todo fracasó, porque había demasiada disciplina. Los soldados de Grock le obedecían demasiado; de modo que no podía hacer lo que quería.

—Eso debe ser una paradoja —dijo Watton, con un suspiro—. Será muy ingenioso y todo lo que quieran; pero realmente es un desatino. Ya sé que la gente suele decir que hay demasiada disciplina en el ejército alemán. Pero en un ejército no puede haber demasiada disciplina.

—Pero no lo digo de una manera general —dijo Pond, quejumbrosamente—. Lo digo refiriéndome a este caso particular. Grock fracasó porque sus soldados le obedecieron. Claro que si *uno* de los soldados le hubiera obedecido, las cosas no hubieran ido tan mal. Pero como dos de sus soldados le obedecieron, el hombre fracasó.

Watton se rió guturalmente.

—Me encanta su nueva teoría militar. Usted permite la obediencia a un soldado en un regimiento; pero que dos soldados obedezcan, ya es un exceso de la disciplina prusiana.

—No tengo ninguna teoría militar, hablo de un hecho militar —contestó Mr. Pond plácidamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados le obedecieron. Es un hecho militar que hubiera tenido éxito si uno de ellos hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Watton con cierta sequedad, como alcanzado por un insulto trivial.

En ese momento se vio la vasta y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el incongruente amigo y admirador del apacible Mr. Pond. Tenía una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa atesado sobre la roja cabellera; y aunque era relativamente joven, había en su andar un contoneo que sugería la época de los *dandies* y de los duelistas. Alto y de espaldas al sol, parecía el emblema de la arrogancia. Sentado, cara al sol, atenuaban la impresión anterior los ojos pardos, muy suaves, tristes y un poco ansiosos.

Mr. Pond interrumpió su monólogo y se perdió en un torrente de disculpas:

—Estoy hablando demasiado, como de costumbre; la verdad es que hablo de ese poeta, Petrovski, que casi fue ejecutado en Poznam, hace ya tiempo. Las autoridades militares vacilaban; iban a dejarlo en libertad si no recibían órdenes directas del mariscal von Grock; pero el mariscal había decidido que muriera el poeta; y mandó la sentencia de ejecución, esa misma tarde. Después mandaron un indulto; pero como el portador del indulto murió en el camino, el prisionero fue puesto en libertad.

—Pero cómo… —repitió mecánicamente Watton.

—Naturalmente, el prisionero fue puesto en libertad —observó Gahagan, con una voz fuerte y feliz —. Es claro como la luz del día. Cuéntanos otro cuento.

—Es una historia estrictamente cierta —protestó Mr. Pond—, y ocurrió exactamente como les digo. No es una paradoja. Claro, si se ignoran los hechos, todo puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan—, necesitaremos muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Cuéntela de una vez —dijo Watton.

—Pablo Petrovski era uno de esos hombres nada prácticos, que son de prodigiosa importancia en la política práctica. Su poder estaba en el hecho de que era un poeta nacional, pero también un cantor internacional. Es decir, tenía una bella voz poderosa con la que cantaba sus himnos en todas las salas de concierto del mundo. En su patria, naturalmente, era una antorcha y un clarín de esperanzas revolucionarias, especialmente entonces, en aquella crisis internacional en que el lugar de los políticos prácticos había sido ocupado por hombres mucho más o menos prácticos. Porque el verdadero idealista y el verdadero realista comparten el amor de la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas a cualquier acción. La obra del idealista podrá ser impracticable; la del hombre de acción, inescrupulosa; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre ganar una reputación por no hacer nada. Es raro que esos dos tipos extremos estuvieran en los dos extremos de ese largo camino entre los pantanos: el poeta polaco, prisionero, en la ciudad, a un extremo; el soldado prusiano, comandando el campamento, al otro.

»Porque el mariscal von Grock era un verdadero prusiano, no sólo enteramente práctico, sino enteramente prosaico. Jamás había leído un verso, pero no era un imbécil. Poseía el sentido de la realidad, propio de los soldados; este sentido le impedía incurrir en el error asnal del político práctico. No se burlaba de las visiones; se limitaba a detestarlas. Sabía que un poeta, o un profeta, podían ser peligrosos como un ejército. Y había resuelto que el poeta muriera. Era su único tributo a la poesía, y era sincero.

»Estaba sentado ante una mesa, en su tienda; el yelmo con punta de acero, que siempre usaba en público, estaba a su izquierda; y su cabeza maciza parecía calva, aunque sólo estaba rapada. También la cara entera estaba rapada y nada la cubría, salvo unos anteojos muy fuertes, que daban un aire enigmático al rostro pesado y caído. Se volvió a un teniente que estaba firme a su lado, un alemán de los de cara indefinida y cabello pálido, cuyos redondos ojos azules miraban como ausentes.

»—Teniente von Hocheimer —preguntó—, ¿dijo usted que su alteza llegaría esta noche al campamento?

»—A las siete y cuarenta y cinco, mi general —respondió el teniente, que parecía poco dispuesto a hablar, como un gran animal que apenas dominase esa habilidad.

»—Estamos justo a tiempo —dijo Grock— para mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes que llegue. Debemos servir a su alteza de todas formas, pero especialmente ahorrándole molestias inútiles. Ya tendrá bastante con revistar a las tropas; cuide que todo esté a disposición de su alteza. A las ocho y cuarenta y cinco su alteza partirá para el próximo puesto avanzado.

»El teniente volvió parcialmente a la vida e hizo un esbozo de saludo.

»—Es claro, mi general, todos debemos obedecer a su alteza.

»—He dicho que todos debemos servir a su alteza —dijo el mariscal.

»Con un movimiento más brusco que de costumbre se quitó los anteojos y los arrojó sobre la mesa. Si los vagos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, se hubieran dilatado todavía más ante la transformación operada por ese gesto. Fue como la remoción de una máscara de hierro. Un segundo antes, el mariscal von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coriácea mandíbula y mejilla. Ahora era una nueva clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. El frío resplandor de sus ojos viejos hubiera dicho casi a cualquiera

que algo había en él que no era solamente pesado; que algo había en él, hecho de acero y no sólo de hierro. Porque todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado, o uno tan extraño a la comunidad de los hombres cristianos, que éstos apenas saben si es bueno o malo.

»—He dicho que todos debemos servir a su alteza —repitió Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a su alteza. ¿No basta a nuestros reyes ser nuestros dioses? ¿No les basta que los sirvan y que los salven? Nosotros somos quienes debemos servir y salvar.

»El mariscal von Grock raramente hablaba o pensaba (tal como entienden el pensamiento las personas intelectuales). Los hombres como él, cuando se ponen a pensar en voz alta, prefieren dirigirse a su perro. Les complace ostentar palabras difíciles y complicados argumentos ante el perro. Sería injusto comparar al teniente Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y vigilante. Sería más exacto decir que el mariscal von Grock, en ese raro momento de reflexión, tenía la comodidad y la tranquilidad de sentir que estaba reflexionando en voz alta en presencia de una vaca o de una legumbre.

»—Una y otra vez, en la historia de nuestra casa real, el sirviente ha salvado al amo —continuó Grock— sin lograr otro premio que sinsabores, a lo menos de parte de la opinión pública, que siempre gime contra el afortunado y el fuerte. Pero hemos sido afortunados y hemos sido fuertes. Maldijeron a Bismarck por haber engañado a su amo, con el telegrama de Ems; pero convirtió a su amo en amo del mundo. París fue capturada; destronada Austria; y nosotros quedamos a salvo. Esta noche Pablo Petrovski habrá muerto, y otra vez estaremos a salvo. Por eso lo mando con esta inmediata sentencia de muerte. ¿Entiende usted que lleva la orden para la inmediata ejecución de Petrovski y que no debe regresar hasta que la cumplan?

»El inexpresivo Hocheimer saludó; entendía muy bien esa orden. Al fin de cuentas tenía algunas de las virtudes del perro: era valiente como un bulldog y podía ser fiel hasta la muerte.

»—Debe usted montar a caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y cuidar que nada lo demore, o impida su misión. Me consta que ese imbécil de Arnheim libertará a Petrovski esta noche, si no recibe mensaje alguno. Apresúrese.

»Y el teniente volvió a saludar y entró en la noche; y después de montar uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de ese regimiento espléndido, empezó a galopar por el alto y estrecho terraplén, casi como el filo de una muralla, que dominaba el sombrío horizonte, los difusos contornos y los apagados colores de aquellos pantanos enormes.

»Cuando el último eco del caballo retumbó en el camino, el mariscal se incorporó, se puso el casco y los lentes y salió a la puerta de la tienda; pero por otra razón. El Estado Mayor, con uniforme de gala, ya le esperaba; y, desde las profundas filas, se oían los saludos rituales y las voces de mando. Había llegado el príncipe.

»El príncipe era algo así como un contraste, al menos en lo externo, con los hombres que lo rodeaban; y aun en otras cosas era una excepción en su mundo. También usaba yelmo con punta de acero, pero de otro regimiento, negro con reflejos de acero azul; y había algo semiincongruente y semiapropiado, por alguna anticuada razón, en la combinación de ese yelmo con la larga y oscura barba fluida, entre aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga y oscura barba, usaba un largo y oscuro manto azul con una estrella resplandeciente, de la más alta orden real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque tan alemán como los otros, era un tipo distinto de

alemán; y algo en su rostro absorto y orgulloso confirmaba la leyenda de que la única pasión de su vida era la música.

»En verdad, el adusto Grock creyó poder vincular con esa remota excentricidad el hecho fastidioso y exasperante de que el príncipe no procediera inmediatamente a revisar las tropas, formadas ya en todo el orden laberíntico de la etiqueta militar de su nación; y que inmediatamente abordara el tema que el mariscal quería evitar: el tema de ese polaco informal, su popularidad y su peligro; porque el príncipe había oído las canciones de este hombre en los teatros de toda Europa.

»—Hablar de ejecutarlo es una locura —dijo el príncipe, sombrío bajo su casco negro—. No es un polaco vulgar. Es una institución europea. Sería lamentado y divinizado por nuestros aliados, por nuestros amigos, hasta por nuestros compatriotas. ¿Quiere usted convertirse en las mujeres locas que asesinaron a Orfeo?

»—Alteza —dijo el mariscal—, sería lamentado; pero estaría muerto. Sería divinizado; pero estaría muerto. De los actos que anhela ejecutar, no ejecutaría uno solo. Todo lo que hace ahora, cesaría para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y me gustan los hechos.

»—¿No sabe usted nada del mundo? —preguntó el príncipe.

»—Nada me importa del mundo —contestó Grock— más allá de los jalones de la frontera.

»—¡Dios del cielo! —gritó el príncipe—. Usted hubiera fusilado a Goethe por una indisciplina con Weimar.

»—Por la seguridad de su casa real —contestó Grock— no hubiera vacilado un instante.

»Hubo un breve silencio, y el príncipe dijo con una voz seca y distinta:

»—¿Qué quiere usted decir?

»—Quiero decir que no he vacilado un instante —dijo el mariscal, con firmeza—. Ya he enviado órdenes para la ejecución de Petrovski.

»El príncipe se irguió como una gran águila oscura; su capa ondeó como en un vértigo de alas; y todos los hombres supieron que una ira más allá del lenguaje había hecho de él un hombre de acción. Ni siquiera se dirigió al mariscal; a través de él, con voz alta, habló al jefe de Estado Mayor, general von Zenner, un hombre opaco, de cuadrada cabeza, que había permanecido en segundo término, quieto como una piedra.

»—¿Quién tiene el mejor caballo de su división? ¿Quién es el mejor jinete?

»—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a los de carrera —respondió en seguida el general—. Y es un admirable jinete. Es de los Húsares Blancos.

»—Muy bien —dijo el príncipe, con la misma decisión en su voz—. Que inmediatamente salga en persecución del hombre con esa orden absurda, y que lo detenga. Yo le daré una autorización que el eminente mariscal no discutirá. Traigan papel y tinta.

»Sentóse, desplegando la capa; le trajeron lo pedido, escribió firmemente y rubricó la orden que anulaba todas las otras y aseguraba el indulto y la libertad de Petrovski, el polaco.

»Después, en un silencio de muerte, que von Grock aguantó sin pestañear, como un ídolo bárbaro, el príncipe salió de la estancia, con su capa y su espada. Estaba tan disgustado, que nadie se atrevió a recordarle la revista de las tropas. Arnold von Schacht, un muchacho ágil, de aire de niño, pero con más de una medalla en su blanco uniforme de húsar, juntó los talones, recibió la orden del príncipe y, afuera, saltó a caballo y se perdió por el alto camino, como una exhalación o como una flecha de

plata.
»Con lenta serenidad el viejo mariscal volvió a la tienda; con lenta serenidad se quitó el casco y los anteojos y los puso en la mesa. Luego llamó a un asistente y le ordenó buscar al sargento Schwarz, de los Húsares Blancos.
»Un minuto después se presentó ante el mariscal un hombre cadavérico y alto, con una cicatriz en la mandíbula, muy moreno para alemán, como si el color de su tez hubiera sido oscurecido por años de humo, de batallas y de tormentas. Hizo la venia y se cuadró mientras el mariscal alzaba lentamente los ojos. Y aunque era muy vasto el abismo entre el mariscal del imperio, con generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto es que de todos los hombres que han hablado en este cuento, sólo estos dos se miraron y se comprendieron sin palabras.
»—Sargento —dijo secamente el mariscal—, ya lo he visto dos veces. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro.
»El sargento hizo la venia, silencioso.
»—La otra —continuó el mariscal— cuando lo acusaron de matar de un tiro a esa vieja que se negó a informar sobre la emboscada. El incidente dio mucho que hablar, aun en nuestros círculos. Sin embargo, se movió una influencia en su favor, sargento. Mi influencia.
»Otra vez el sargento hizo la venia. El mariscal prosiguió hablando de un modo frío, pero extrañamente sincero.
»—Su alteza el príncipe ha sido engañado en un punto esencial a su propia seguridad y a la de la Patria, y ahora acaba de mandar una orden para que pongan en libertad a Petrovski, que debe ser ejecutado esta noche. Repito: que debe ser ejecutado esta noche. Tiene usted que salir inmediatamente en pos de von Schacht, que lleva la orden, y detenerlo.
»—Me será muy difícil alcanzarlo, mi general —dijo el sargento—. Tiene el caballo más veloz del regimiento y es el mejor jinete.
»—Yo no dije que lo alcanzara. Dije que lo detuviera —dijo Grock. Luego habló más despacio—. Un hombre puede ser detenido de muchos modos: por gritos o disparos —se hizo más lenta y más pesada su voz, pero sin una pausa—. La descarga de una carabina podría llamarle la atención.
»El sombrío sargento hizo la venia por tercera vez, y no despegó los labios.
»—El mundo cambia —dijo Grock—, no por lo que se dice o por lo que se reprueba o alaba, sino por lo que se hace. El mundo nunca se repone de un acto. El acto necesario en este momento es la muerte —dirigió al otro sus brillantes ojos de acero y agregó—: Hablo, claro está, de Petrovski.
»El sargento Schwarz sonrió ferozmente; y también él, después de alzar la lona que cubría la entrada de la tienda, montó a caballo y se fue.
»El último de los tres jinetes era aún más invulnerable a la fantasía que el primero. Pero, como también era humano (siquiera de un modo imperfecto), no dejó de sentir, en esa noche y con esa misión, el peso de ese paisaje inhumano. Al cabalgar por ese terraplén abrupto, infinitamente se dilataba en derredor algo más inhumano que el mar. Porque nadie podía nadar ahí, ni navegar, ni hacer nada humano; sólo podía hundirse en el lodo, y casi sin lucha. El sargento sintió con vaguedad la presencia de un fango primordial, que no era sólido, ni líquido, ni capaz de una forma; y sintió su presencia en el fondo de todas las formas.
»Era ateo, como tantos miles de hombres sagaces, obtusos, del norte de Alemania; pero no era de

esos paganos felices que ven en el progreso humano un florecimiento natural de la tierra. El mundo para él no era un campo en que las cosas verdes o vivientes surgían y se desarrollaban y daban frutos; era un mero abismo donde todas las cosas vivientes se hundirían para siempre; este pensamiento le daba fuerza para todos los extraños deberes que le incumbían en un mundo tan detestable. Las manchas grises de la vegetación aplastada, vistas desde arriba como en un mapa, parecían el gráfico de una enfermedad; y las incomunicadas lagunas parecían de veneno, no de agua. Recordó algún escrúpulo humanitario contra los envenenadores de lagunas.

»Pero las reflexiones del sargento, como casi todas las reflexiones de los hombres que no suelen reflexionar, tenían su raíz en alguna tensión subconsciente sobre sus nervios y su inteligencia práctica. El recto camino era no sólo desolado, sino infinitamente largo. Imposible creer que había corrido tanto sin divisar al hombre que perseguía. Sin duda, el caballo de von Schacht debía ser muy veloz para haberse alejado tanto, porque sólo había salido un rato antes. Schwarz no esperaba alcanzarlo; pero un justo sentido de la distancia le había indicado que muy pronto lo divisaría. Al fin, cuando empezaba a desesperarse, lo divisó.

»Un punto blanco, que fue convirtiéndose muy despacio en una forma blanca, surgió a lo lejos, en una furiosa carrera. Se agrandó, porque Schwarz espoleó y fustigó a su caballo; llegó a un tamaño suficiente la raya anaranjada sobre el uniforme blanco que distinguía al uniforme de los húsares. El ganador del premio de tiro de todo el ejército había dado en el centro de blancos más pequeños que aquél.

»Enfiló la carabina, y un disparo violento espantó, por leguas a la redonda, las aves salvajes de los pantanos. Pero el sargento Schwarz no pensó en ellas. Su atención estaba en la erecta y remota figura blanca, que se arrugó de pronto como si el fugitivo se deformara. Pendía sobre la montura como un jorobado; y Schwarz, con su exacta visión y con su experiencia, estaba seguro de que su víctima había sido alcanzada en el cuerpo; y, casi indudablemente, en el corazón. Entonces, con un segundo balazo, derribó al caballo; y todo el grupo ecuestre resbaló y se derrumbó y se desvaneció en un blanco relámpago dentro del oscuro pantano.

»El sargento estaba seguro de haber cumplido su obra. Los hombres como él se aplican mucho en sus actos; por ese motivo suelen ser tan erróneos sus actos. Había ultrajado la camaradería, que es el alma de los ejércitos; había matado a un oficial que estaba cumpliendo con su deber; había engañado y desafiado a su príncipe y había cometido un asesinato vulgar sin la excusa de una pendencia, pero había acatado la orden de un superior y había ayudado a matar a un polaco. Estas dos circunstancias finales ocuparon su mente, y emprendió el regreso para dar su informe. No dudaba de la perfección de la obra cumplida, indudablemente, el hombre que llevaba el perdón estaba muerto; y, si por un milagro, sólo estuviera agonizando, era inconcebible que llegara a la ciudad a tiempo de impedir la ejecución. No; en suma, lo más práctico era volver a la sombra de su protector, el autor del desesperado proyecto. Con todas sus fuerzas se apoyaba en la fuerza del gran mariscal.

»Y, en verdad, el gran mariscal tenía esta grandeza: después de la monstruosidad que había cometido, o que había ordenado cometer, no temió afrontar los hechos o las comprometedoras posibilidades de mostrarse con su instrumento. Una hora después, él y Schwarz, cabalgaban por el largo camino; en un determinado sitio desmontó el mariscal, pero le dijo al otro que prosiguiera. Quería que el sargento llegara a la ciudad, y viera si todo estaba tranquilo después de la ejecución, o

si persistía algún peligro de agitación popular.
»—¿Aquí es, mi general? —interrogó el sargento en voz baja—. Hubiera jurado que era más adelante; pero la verdad es que este camino infernal se estiraba como una pesadilla.
»—Aquí es —dijo Grock, y con lentitud se apeó del caballo. Se acercó al borde del parapeto y miró hacia abajo.
»Se había levantado la luna sobre los pantanos y su esplendor magnificaba las aguas oscuras y la escoria verdosa; y en un cañaveral, al pie del terraplén, yacía, en una especie de luminosa y radiante ruina, todo lo que quedaba de uno de los soberbios caballos blancos y jinetes blancos de su antiguo regimiento. La identidad no era dudosa; la luna destacaba el cabello rubio del joven Arnold, el segundo jinete, y el mensajero del indulto; brillaban también el tahalí y las medallas que eran su historia, y los galones y los símbolos de su grado. Grock se había sacado el yelmo; y aunque ese gesto era tal vez la vaga sombra de un sentimiento funeral de respeto, su efecto visible fue que el enorme cráneo rapado y el pescuezo de paquidermo resplandecieron pétreamente bajo la luna como los de un monstruo antediluviano. Rops, o algún grabador de las negras escuelas alemanas, podría haber dibujado ese cuadro: una enorme bestia, inhumana como un escarabajo, mirando las alas rotas y la armadura blanca y de oro de algún derrotado campeón de los querubines.
»Grock no expresó piedad y no dijo ninguna plegaria; pero de un modo oscuro se conmovió como en algún instante se conmueve la vasta ciénega; y, casi defendiéndose, trató de formular su única fe y confrontarla con el universo desnudo y con la luna insistente.
»—Antes y después del hecho, la voluntad alemana es la misma. No la destruyen las vicisitudes y el tiempo, como, la de quienes se arrepienten. Está fuera del tiempo, como una cosa de piedra que mira hacia atrás y hacia adelante con una sola cara.
»El silencio duró lo bastante para halagar su fría vanidad con una sensación de prodigio; como si una figura de piedra hubiera hablado en un valle de silencio. Pero la soledad volvió a estremecerse con un remoto susurro que era el redoble de un galope; poco después llegó el sargento y su cara oscura y marcada no sólo era severa, sino fantasmal en la luz de la luna.
»—Mi general —dijo, haciendo la venia con una singular rigidez—, he visto a Petrovski, el polaco.
»—¿No lo enterraron todavía? —preguntó el mariscal sin levantar los ojos.
»—Si lo enterraron —dijo Schwarz—, ha removido la lápida y ha resucitado de entre los muertos.
»Schwarz seguía mirando la luna y la ciénega; pero, aunque no era un visionario, no veía lo que miraba, sino más bien las cosas que había visto. Había visto a Pablo Petrovski, recorriendo la iluminada avenida de esa ciudad polaca; imposible confundir la esbelta figura, la melena romántica y la barba francesa que figuraban en tantos álbumes y revistas. Y detrás había visto la ciudad encendida en banderas y en antorchas y al pueblo entero adorando al héroe, festejando su libertad.
»—¿Quiere decir —exclamó Grock con estridencia repentina en la voz— que han desafiado mi orden?
»Schwarz hizo la venia y dijo:
»—Ya lo habían puesto en libertad y no habían recibido ninguna orden.
»—¿Pretende usted hacerme creer —dijo Grock— que del campamento no llegó ningún mensajero?
»—Ningún mensajero —dijo el sargento.
»Hubo un silencio mucho más largo, y por fin dijo Grock, roncamente:

»—¿Qué ha ocurrido, en nombre del infierno? ¿Puede usted explicarlo?
»—He visto algo —dijo el sargento— que me parece que lo explica.
Cuando Mr. Pond llegó a este punto, se detuvo con una placidez irritante.
—¿Y usted puede explicarlo? —dijo Gahagan.
—Me parece que sí —dijo Mr. Pond, tímidamente—. Como usted sabe, yo tuve que aclarar el asunto cuando el ministerio intervino. Todo fue motivado por un exceso de obediencia prusiana. También fue motivado por un exceso de otra debilidad prusiana: el desdén. Y de todas las pasiones que ciegan y enloquecen y desvían a los hombres, la peor es la más fría: el desdén. Grock había hablado con demasiada libertad ante el perro y ante la legumbre. Desdeñaba a los imbéciles, aun en su regimiento: había tratado a von Hocheimer, el primer mensajero, como si fuera un mueble, sólo porque parecía un imbécil. Pero Hocheimer no era tan imbécil como parecía: había entendido, tanto como el sargento, lo que el gran mariscal quería decir; había comprendido la ética del mariscal, la que afirma que un acto es irrefutable, aunque sea indefendible. Sabía que lo que su jefe deseaba era el cadáver de Petrovski; que lo deseaba de todos modos, a costa de cualquier engaño de príncipes o muertes de soldados. Y cuando oyó que lo perseguía un veloz jinete, comprendió inmediatamente que éste traía un indulto del príncipe. Von Schacht, muy joven pero muy valiente oficial, que era como un símbolo de esa más noble tradición de Alemania, que este relato ha descuidado, merecía la circunstancia que lo convirtió en heraldo de una política más noble. Llegó con la rapidez de esa equitación que ha legado a Europa el nombre mismo de caballerosidad, y ordenó al otro, con un tono como la trompeta de un heraldo, que se detuviera y se volviera. Von Hocheimer obedeció. Se detuvo, sujetó el caballo y se volvió en la silla; pero la carabina estaba en su mano, y una bala atravesó la frente de von Schacht. Luego se volvió y prosiguió, con la sentencia de muerte del polaco. A su espalda el caballo y el jinete se desmoronaron por el terraplén, y quedó despejado todo el camino; por ese camino despejado y abierto avanzó el tercer mensajero, maravillándose de la longitud de su viaje; hasta que divisó el uniforme inconfundible de un húsar que desaparecía como una estrella blanca en la distancia; pero no mató al segundo jinete: mató al primero. Por eso no llegó ningún mensaje a la ciudad polaca. Por eso el prisionero fue libertado. ¿Me equivocaba yo al decir que el mariscal von Grock fracasó porque dos hombres lo sirvieron fielmente?

Extraños pasos

Si se tropieza usted con un miembro de ese club tan selecto, «Los doce verdaderos pescadores», cuando entre en el hotel Vernon para su cena anual, observará, al quitarse él el abrigo, que su frac es verde y no negro. Si (suponiendo que tenga usted la increíble audacia de dirigir la palabra a ese ser) le pregunta por qué, probablemente le responderá que lo hace para evitar que le confundan con un camarero. Usted entonces se retirará anonadado. Pero dejará a sus espaldas un misterio todavía sin resolver y una historia que merece la pena contarse.

Si (para proseguir en la misma línea de improbables conjeturas) se tropezara usted con un apacible curita muy trabajador, llamado Brown, y le preguntase cuál le parecía el golpe de suerte más singular de su vida, probablemente respondería que, en conjunto, el más notable se produjo en el hotel Vernon, donde evitó un delito y, quizá, salvó un alma, simplemente por prestar atención al sonido de unos pasos en un corredor. Quizá se sienta un tanto orgulloso de esta increíble y fantástica intuición suya, y es posible que la mencione. Pero como resulta descomunalmente poco probable que usted ascienda lo suficiente en el mundo social para encontrar a los doce verdaderos pescadores o se hunda lo bastante por los barrios bajos y entre delincuentes para dar con el Padre Brown, mucho me temo que se quede usted sin conocer la historia si no me la oye a mí.

El hotel Vernon, donde los doce verdaderos pescadores celebraban sus cenas anuales, era una institución como sólo puede existir en una sociedad oligárquica que casi ha llegado a la locura por su insistencia en los buenos modales. Se trataba de una de esas creaciones sin pies ni cabeza a las que se da el nombre de empresa comercial «exclusiva», es decir, un negocio que prospera rechazando clientes, en lugar de atrayéndolos. En el corazón de una plutocracia los comerciantes llegan a tener la suficiente astucia para ser más quisquillosos que sus clientes. Crean dificultades para que a sus acaudalados y hastiados clientes les sea posible gastar dinero y recursos diplomáticos superándolas. Si hubiera en Londres un hotel de moda en el que no pudiese entrar ningún hombre por debajo del metro ochenta de estatura, la sociedad proporcionaría sumisamente grupos de personas de un metro ochenta para que cenaran en él. Si hubiese un restaurante de lujo que por simple capricho de su propietario abriera sólo los jueves a primera hora de la tarde, estaría abarrotado los jueves a esa hora. El hotel Vernon se alzaba, como por accidente, en la esquina de una plaza en Belgravia. Era un hotel pequeño y con muchos inconvenientes. Pero esos mismos inconvenientes se valoraban como muros para proteger a determinada clase social. Había un inconveniente, en particular, que se juzgaba de vital importancia: el hecho de que sólo veinticuatro personas pudieran cenar allí al mismo tiempo. La única mesa de grandes dimensiones era la celebrada mesa de la terraza, colocada al aire libre en una especie de porche, desde donde se dominaba uno de los más exquisitos jardines antiguos de Londres. De manera que incluso las veinticuatro plazas de esta mesa sólo podían disfrutarse durante el buen tiempo, con lo que el placer, al ser más difícil, resultaba todavía más deseable. El propietario del hotel en aquel momento era un judío apellidado Lever; y le sacaba casi un millón por el procedimiento de hacer difícil entrar en él. Por supuesto combinaba esta limitación en el número con el más meticuloso refinamiento en el servicio. Los vinos y la cocina eran de verdad tan buenos como los mejores de Europa, y el comportamiento de sus empleados reflejaba con exactitud los rígidos modales de la clase inglesa alta. El propietario conocía a todos sus camareros, que no eran

más que quince, como a los dedos de su mano. Resultaba mucho más fácil llegar a miembro del parlamento que a camarero de aquel hotel. A cada uno se le preparaba para llevar a cabo su trabajo con extraordinario silencio y suavidad, como si fuese el criado personal de un caballero. Y, de hecho, generalmente, había por lo menos un camarero por cada cliente que cenaba en el hotel.

El club de «Los doce verdaderos pescadores» no hubiese aceptado más que un sitio así para cenar, porque insistía en disponer de gran intimidad con todos los lujos, y le habría molestado mucho la simple idea de que cualquier otro club estuviese siquiera cenando en el mismo edificio. Con ocasión de su fiesta anual los pescadores tenían por costumbre sacar a la luz todos sus tesoros, como si comieran en una casa particular, especialmente el famoso juego de cubiertos de pescado, cubiertos que venían a ser, por así decirlo, las insignias de la sociedad, cada uno de ellos exquisitamente trabajado en plata con forma de pez, y con el añadido de una perla de gran tamaño en el mango. Estos cubiertos se sacaban siempre para el plato de pescado, que era, por supuesto, el mejor de una magnífica comida. El club tenía un gran número de ceremonias y costumbres, pero carecía de historia y de finalidad; en eso se advertía su rancio sentido aristocrático. No era preciso ser nada para formar parte de los doce pescadores; a no ser que se fuera ya cierto tipo de persona se desconocía su existencia. El club llevaba doce años funcionando. Su presidente era el señor Audley. Su vicepresidente, el duque de Chester.

Si he logrado en alguna medida pintar la atmósfera de este pasmoso hotel, quizá el lector se pregunte maravillado cómo llegué a saber algo acerca de él, e incluso se asombre de que una persona tan corriente como mi amigo el Padre Brown se relacionara con tan singular olimpo. Por lo que a eso se refiere, mi historia es muy simple, diría que hasta vulgar. Existe en el mundo un sedicioso demagogo de edad provecta que irrumpe en los más refinados retiros con la espantosa noticia de que todos los hombres son hermanos, y, siempre que ese supremo igualador montaba en su caballo roano, la profesión del Padre Brown le obligaba a seguirle. Uno de los camareros, italiano, había sufrido un ataque de parálisis a primeras horas de la tarde, y su patrono judío, aunque un tanto sorprendido ante tales supersticiones, había consentido en avisar al clérigo papista más cercano. Lo que el camarero confesara al Padre Brown no nos concierne, por la excelente razón de que el buen sacerdote no se lo contó a nadie, pero el agonizante exigió, al parecer, que mi amigo redactara una nota o declaración para hacer llegar a su destino algún mensaje o para enderezar algún entuerto. El Padre Brown, por consiguiente, con el mismo apacible descaro del que también habría dado muestras en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara una habitación y recado de escribir. El señor Lever fue presa de las más terribles dudas. Era un hombre bondadoso, y poseía también esa mala imitación de la bondad que es el horror ante cualquier dificultad o posible confrontación. Al mismo tiempo la presencia en su hotel aquella noche de un insólito extraño era como una mancha de suciedad en algo recién limpio. No existían antecámaras ni tierra de nadie en el hotel Vernon; no había personas esperando en el vestíbulo ni clientes que llegaran por casualidad. Había quince camareros y doce comensales. Sería tan sorprendente encontrar aquella noche un nuevo invitado en el hotel como descubrir a un nuevo hermano tomando el desayuno o el té en la casa familiar. Por añadidura el aspecto del sacerdote era vulgar y llevaba la sotana manchada de barro; el simple hecho de verle a lo lejos podía provocar una crisis en el club. Finalmente al señor Lever se le ocurrió un plan para ocultar aquel oprobio, dado que no era posible borrarlo. Si usted entra (cosa que no hará nunca) en el

hotel Vernon, tendrá que recorrer un breve pasillo, adornado con unos cuantos cuadros, opacos pero importantes, para llegar al vestíbulo y salón principal, a cuya derecha se abren los corredores que llevan a la zona de huéspedes; a la izquierda existe un pasillo similar en dirección a las cocinas y demás dependencias del hotel. Inmediatamente a la izquierda surge el ángulo de un despacho acristalado, que linda con el salón: una casa dentro de otra casa, por así decirlo, como el bar del viejo hotel que probablemente ocupó su sitio en otro tiempo.

Éste era el despacho del representante del propietario (nadie aparecía nunca allí en carne y hueso si el señor Lever podía evitarlo), e inmediatamente después del despacho, de camino hacia la zona del servicio, se encontraba el guardarropa de los caballeros, última frontera de sus dominios. Pero entre el despacho y el guardarropa existía una habitacioncita privada sin otras salidas, recinto que el propietario usaba a veces para importantes y delicados asuntos, como prestar a un duque mil libras o negarle seis peniques. El hecho de permitir que este sagrado lugar fuese profanado durante media hora aproximadamente por un simple sacerdote, garrapateando sobre un trozo de papel, es una prueba de la generosa tolerancia del señor Lever. La historia que el Padre Brown estaba escribiendo era muy probablemente bastante mejor que ésta, pero no la sabremos nunca. Sólo estoy en condiciones de señalar que resultaba casi igual de larga y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos emocionantes y cautivadores.

Porque sólo al ir a redactarlos el sacerdote permitió que sus pensamientos divagaran un poco y que sus sentidos, no desprovistos de normal agudeza, despertaran a su entorno. La hora de la oscuridad y de la cena se acercaba; la olvidada habitacioncita en la que se hallaba carecía de luz artificial, y quizá la creciente penumbra, como sucede a veces, aguzó su sentido del oído. Mientras el Padre Brown escribía la parte última y menos esencial del documento, se descubrió manejando la pluma al ritmo de un reiterativo ruido exterior, de la misma manera que a veces pensamos siguiendo la melodía de un tren en marcha. Al tomar conciencia del ruido descubrió de qué se trataba: tan sólo del ordinario repiqueteo de unos pies que cruzaban ante la puerta, asunto perfectamente ordinario en un hotel. Sin embargo, el Padre Brown se quedó mirando al techo y siguió escuchando el ruido. Después de oírlo durante unos cuantos segundos distraídamente, se puso en pie y lo escuchó con gran atención, la cabeza algo inclinada hacia un lado. Luego se sentó de nuevo y hundió la cabeza entre las manos, ahora no sólo oyendo, sino escuchando y pensando al mismo tiempo.

Aisladamente los pasos del exterior eran como los que cualquiera puede oír en cualquier hotel; y sin embargo, tomados en conjunto, había algo muy extraño en ellos. No se oían otros pasos. El hotel Vernon era una casa muy silenciosa, porque los escasos clientes habituales se dirigían inmediatamente a sus aposentos, y a los bien adiestrados camareros se les inculcaba que se hicieran prácticamente invisibles mientras no se solicitara su presencia. No era posible concebir un sitio donde hubiera menos razones para advertir algo irregular. Pero estos pasos eran tan extraños que no resultaba posible decidir si llamarlos regulares o irregulares. El Padre Brown los siguió con un dedo sobre el borde de la mesa, como una persona que trata de aprender una melodía en el piano.

Primero venía una larga sucesión de pasitos rápidos, como los que un hombre de poco peso podría utilizar para ganar una competición de marcha atlética. En determinado punto se detenían, transformándose en un modo de caminar lento, pesado y balanceante, con algo así como la cuarta parte de pasos, pero ocupando aproximadamente el mismo tiempo. En el instante en que cesaban las

resonantes pisadas reaparecía la corriente o murmullo de pies ligeros avanzando a toda prisa, y luego otra vez el retumbar de los andares más pesados. Se trataba sin duda del mismo par de botas, en parte porque (como ya se ha dicho) no había otras botas por los alrededores, y en parte porque crujían un poquito, pero de manera inconfundible. El Padre Brown tenía el tipo de cabeza que no puede evitar hacerse preguntas; y esta pregunta aparentemente trivial casi le hizo estallar el cerebro. Él había visto correr a la gente para saltar después. Había visto a otras personas correr para deslizarse. Pero, ¿por qué razón tendría que correr alguien para andar luego? Y sin embargo ésa era la única descripción que se ajustaba a la peculiar actividad de aquel par de piernas. O bien la persona en cuestión andaba muy de prisa la mitad del corredor para recorrer muy despacio la otra mitad, o andaba muy despacio en un lado para disfrutar del placer de recorrer el otro muy de prisa. Ninguna de las dos posibilidades parecía tener mucho sentido. El cerebro del Padre Brown se oscurecía cada vez más, como la habitación que ocupaba.

Sin embargo, al empezar a pensar ininterrumpidamente, la misma negrura de su celda pareció dar mayor viveza a sus ideas; empezó a ver como en una especie de visión, a los fantásticos pies haciendo cabriolas a lo largo del corredor en posturas forzadas o simbólicas. ¿Se trataba de la danza de una religión pagana? ¿O de algún tipo completamente nuevo de ejercicio científico? El Padre Brown empezó a preguntarse con más precisión qué sugerían los pasos. El caminar lento no hacía pensar en el propietario. Los hombres de su especie se contonean a buen ritmo, o permanecen quietos. Tampoco podía tratarse de un sirviente o recadero esperando instrucciones. No era el ruido apropiado. Los miembros de las clases más pobres (en una oligarquía) dan tumbos a veces cuando están ligeramente borrachos, pero por regla general, y especialmente en sitios tan distinguidos, permanecen de pie o sentados en actitudes forzadas. No; aquel caminar lento pero elástico, con una especie de descuidada fuerza, no especialmente sonoro, pero sin preocupación por el ruido causado, sólo podía pertenecer a uno de los animales de este mundo. Se trataba, sin duda, de un caballero de la Europa occidental, y probablemente de uno que no había trabajado nunca para ganarse la vida.

En el momento en que el Padre Brown alcanzaba esta sólida certeza, los pasos, al pasar junto a la puerta, se hicieron rápidos y tan febriles como los de una rata. El atento oyente advirtió que si bien este caminar resultaba mucho más rápido, era también menos ruidoso, casi como si la persona en cuestión anduviera de puntillas. Y, sin embargo, no lo asoció mentalmente con algo secreto, sino con otra cosa…, algo que no lograba recordar. Le asaltó uno de estos recuerdos a medias que hacen que una persona se sienta estúpida. Claro que había oído aquellos pasos rápidos y extraños en algún sitio. De repente se puso en pie con una nueva idea en la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Su celda no comunicaba directamente con el corredor, sino que llevaba por un lado al despacho encristalado, y por otro al guardarropa que venía a continuación. Probó a abrir la puerta del despacho, pero comprobó que estaba cerrada con llave. Luego miró hacia la ventana, convertida ya en un cristal cuadrado lleno de una nube morada hendida por el lívido crepúsculo, y por un momento olió el mal como un perro huele ratas.

Su lado racional (no necesariamente el más prudente) recobró la supremacía. Recordó que el propietario le había dicho que iba a cerrar la puerta con llave y que volvería más tarde para devolverle la libertad. Se dijo que otras veinte cosas en las que no había pensado podían explicar los extraños sonidos en el exterior; se recordó que le quedaba sólo la luz suficiente para terminar el

trabajo ya empezado. Acercando el papel a la ventana para aprovechar la última luz borrascosa del atardecer, se sumergió una vez más con decisión en el relato casi concluido. Y había escrito durante unos veinte minutos, inclinándose cada vez más sobre el papel por la escasez de la luz, cuando de repente se irguió. Había vuelto a oír los extraños pasos. Ahora tenían una tercera peculiaridad. Anteriormente el desconocido había andado, con ligereza sin duda y con la velocidad del rayo, pero había andado. Esta vez corría. Se oían los rápidos, suaves, elásticos pasos a lo largo del corredor, como producidos por las patas de una pantera que huye a saltos. Fuera quien fuese el sujeto en cuestión, se trataba de un hombre fuerte, activo, presa de una emoción contenida, pero muy intensa. Y, sin embargo, cuando el sonido hubo pasado junto al despacho como una especie de susurrante torbellino, repentinamente volvió a convertirse en el caminar lento, pesado y balanceante.

El Padre Brown tiró el papel y, sabiendo que la puerta del despacho estaba cerrada con llave, se dirigió inmediatamente al guardarropa del otro lado. El encargado se había ausentado momentáneamente, con toda probabilidad porque los únicos huéspedes estaban cenando, y su trabajo era un sinecura. Después de abrirse camino a tientas por un grisáceo bosque de abrigos, el Padre Brown descubrió que el oscuro guardarropa comunicaba con el iluminado corredor por medio de una especie de mostrador o media puerta, como la mayoría de los mostradores por los que a todos nos han devuelto un paraguas a cambio de una ficha. Había una luz inmediatamente encima del arco semicircular de esta abertura, pero apenas iluminó al sacerdote, que parecía una simple silueta oscura recortada sobre la ventana y con los últimos estertores del crepúsculo a sus espaldas. La lámpara arrojaba en cambio una luz casi teatral sobre el hombre inmóvil en el corredor, del otro lado del guardarropa.

Se trataba de un hombre elegante con un traje de etiqueta muy sencillo; alto, pero con aspecto de no ocupar mucho sitio; daba la impresión de que podría haber atravesado como una sombra por donde muchos hombres más pequeños llamarían la atención y resultarían un estorbo. Su rostro, ahora claramente iluminado por la luz de la lámpara, era moreno y muy expresivo, sin duda el rostro de un extranjero. Su figura era excelente y sus modales reflejaban seguridad en sí mismo y buen humor; un crítico sólo habría podido decir que el frac no estaba del todo a la altura de su figura y de sus modales, y que incluso mostraba extraños bultos y protuberancias. En el momento en que reparó en la negra silueta de Brown, recortada contra el crepúsculo, arrojó sobre el mostrador un trozo de papel con un número y solicitó con afable autoridad:

—Mi sombrero y mi abrigo, por favor; tengo que marcharme inmediatamente.

El Padre Brown cogió el papel sin decir una palabra, y obedientemente fue en busca del abrigo; no era el primer trabajo servil que había hecho en su vida. Lo cogió y lo puso sobre el mostrador; mientras tanto, el extraño caballero, que había estado palpándose el bolsillo del chaleco, dijo, riendo:

—No tengo plata; quédese con esto —puso sobre el mostrador medio soberano de oro y recogió el abrigo.

La figura del Padre Brown siguió completamente a oscuras e inmóvil; pero en aquel instante había perdido la cabeza, que era siempre más valiosa cuando la había perdido. En tales momentos sumaba dos y dos y salían cuatro millones. A menudo la Iglesia católica (que está muy ligada al sentido común) no le aprobaba. A menudo tampoco el mismo Padre Brown lo aprobaba. Pero resultaba una

verdadera inspiración —importante en crisis excepcionales— cuando se cumplía, de manera similar a como dice el evangelio, aquello de que quien pierda su cabeza la salvará.
—Me parece, señor mío —dijo cortésmente—, que tiene usted algo de plata en el bolsillo.
El caballero de aventajada estatura se le quedó mirando.
—¡Caramba! —exclamó—. Si le doy oro, ¿qué motivo tiene para quejarse?
—Porque la plata, a veces, es más valiosa que el oro —dijo el sacerdote mansamente— es decir, en grandes cantidades.
El desconocido le miró de manera extraña. Luego miró de manera aún más extraña el corredor que llevaba hacia la entrada principal.
Después contempló de nuevo a Brown, y finalmente, y con mucho cuidado, la ventana detrás de la cabeza del sacerdote, todavía coloreada por el resplandor crepuscular de la tormenta. A continuación pareció decidirse. Puso una mano sobre el mostrador, saltó por encima con la facilidad de un acróbata y se irguió enorme delante del Padre Brown, poniéndole una mano formidable sobre el cuello romano.
—No se mueva —dijo, con un susurro entrecortado—. No quiero amenazarle, pero…
—Yo sí quiero amenazarle —dijo el Padre Brown, con una voz como el redoble de un tambor—. Quiero amenazarle con el gusano que no muere y con el fuego que no cesa.
—Es usted un extraño encargado de guardarropa —dijo el otro.
—Soy un sacerdote, monsieur Flambeau —respondió Brown—, y estoy dispuesto a oírle en confesión.
El otro quedó inmovilizado por el asombro unos momentos, y luego se derrumbó sobre una silla.

Los dos primeros platos de la cena de «Los doce verdaderos pescadores» habían llegado a término de manera tan tranquila como satisfactoria. No poseo una copia del menú; y si la tuviera tampoco le aclararía nada a nadie. Estaba escrito en ese tipo de francés de altos vuelos que emplean los cocineros, pero que resulta ininteligible para los franceses corrientes. En el club existía la tradición de que los *hors d'oeuvres* fuesen tantos y tan variados que rozaran el límite de lo descabellado. Se los tomaba en serio por tratarse de algo reconocidamente superfluo, como la misma cena y el club en su totalidad. También existía la tradición de que la sopa fuese ligera y sin pretensiones: una especie de simple y austera preparación para el festín de pescado que vendría a continuación. La conversación era extraña, esa conversación superficial que gobierna el imperio británico, que lo gobierna en secreto, y que sin embargo apenas ilustraría a un inglés corriente si en alguna ocasión pudiera oírla. A los ministros en el gobierno y los ex-ministros en la oposición se les aludía utilizando su nombre de pila con una especie de aburrida condescendencia. Al ministro de hacienda, del partido radical, a quien se suponía que todos los tories maldecían por sus exacciones, se le elogiaba por unos poemas con muy pocas pretensiones, o por su excelencia en la silla de montar durante las cacerías. Un análisis del líder tory, a quien se suponía que todos los liberales odiaban por tirano, sirvió, en conjunto, para alabarlo… como liberal. Parecía de algún modo que los políticos eran muy importantes. Y, sin embargo, cualquier cosa se consideraba importante en ellos menos su política. El señor Audley, el presidente, era un anciano bondadoso que todavía usaba cuellos de la época de Gladstone; constituía una especie de símbolo de toda aquella sociedad fantasmal y, sin embargo, perfectamente estable. Nunca había hecho nada, ni siquiera algo

equivocado. No era un hombre de mente particularmente despierta; ni tampoco especialmente rico. Pero estaba «en la onda» y eso era todo lo que hacía falta. Ningún partido podía ignorarle, y si hubiera querido formar parte del gobierno le habrían puesto en él sin la menor duda. El duque de Chester, el vicepresidente, era un político joven y en alza. Dicho de otro modo: era un muchacho agradable, de cabellos rubios y lisos y cara pecosa, de inteligencia moderada y enormes posesiones. Siempre tenía éxito en sus apariciones en público y la norma por la que se regía era muy sencilla. Cuando se le ocurría un chiste lo hacía, y le calificaban de brillante. Cuando no se le ocurría ninguno decía que no era momento para frivolidades, y le llamaban competente. En privado, en un club de su propia clase, se limitaba a ser agradablemente franco e ingenuo, como un colegial. El señor Audley, que nunca había tomado parte activa en la política, trataba a los miembros del club con un poco más de seriedad. En ocasiones llegaba incluso a turbar a los presentes con frases que parecían indicar la existencia de algunas diferencias entre un liberal y un conservador. Él, personalmente, era conservador, incluso en la vida privada. Llevaba una onda de cabellos grises sobre la parte posterior del cuello, como ciertos estadistas a la antigua usanza, y visto desde detrás parecía «el hombre que el imperio necesita». Visto por delante parecía un soltero apacible, indulgente consigo mismo, con habitaciones en el Albany…, como efectivamente era el caso.

Como ya se ha dicho, había veinticuatro plazas en la mesa de la terraza, y sólo doce miembros en el club. De manera que podían ocupar la terraza de la manera más sibarítica de todas, colocados en el lado de dentro de la mesa, sin nadie en frente, disfrutando del ininterrumpido panorama del jardín, con colores todavía brillantes, aunque la tarde fuese cayendo de manera un tanto pálida para la época del año. El presidente se sentaba en el centro de la fila, y el vicepresidente en el extremo de la derecha. Por alguna razón desconocida, existía la costumbre de que, cuando los doce invitados se dirigían por primera vez a ocupar sus asientos, los quince camareros se dispusieran contra la pared como soldados presentando armas al rey, mientras el gordo propietario hacía profundas inclinaciones en dirección al club con una refulgente sonrisa de asombro, como si nunca hubiera sabido de su existencia con anterioridad. Pero antes del primer tintineo de cuchillo y tenedor este ejército de servidores había desaparecido, quedando tan sólo uno o dos: los necesarios para recoger y distribuir los platos, yendo de aquí para allá a toda prisa y en total silencio. El señor Lever, el propietario, había desaparecido mucho antes, por supuesto, entre convulsiones de cortesía. Sería exagerado, más aún, irreverente, decir que volvía a presentarse en carne y hueso. Pero cuando llegaba el plato más importante, el plato de pescado, había —¿cómo lo diría yo?— una sombra muy precisa, una proyección de su personalidad, que hacía saber que él no se encontraba lejos. El sagrado plato de pescado consistía (para los ojos del vulgo) en una especie de monstruoso budín, aproximadamente del tamaño y de la forma de una tarta nupcial, en el que un considerable número de interesantes pescados habían perdido definitivamente la forma que Dios les diera. Los doce verdaderos pescadores empuñaban en ese momento sus famosos cuchillos y tenedores de pescado, y no habrían abordado el plato con mayor gravedad si cada centímetro de budín costara tanto como el tenedor de plata que usaban para comerlo. Y probablemente así era, por lo que a mí se me alcanza. Este plato se consumía en medio de un afanoso y devorador silencio; y en ésta, como en otras ocasiones, sólo cuando el suyo estaba casi terminado, el joven duque hizo la observación ritual:

—Esto no lo saben hacer en ningún otro sitio.

—En ningún otro sitio —repitió el señor Audley, con voz de bajo profundo, volviéndose hacia quien había hecho uso de la palabra y moviendo de arriba abajo su venerable cabeza un buen número de veces—. En ningún otro sitio, sin duda alguna, excepto aquí. Alguien me ha señalado que en el café Anglais… —Al llegar aquí se vio interrumpido y hasta momentáneamente desconcertado por la desaparición de su plato, pero recuperó en seguida el valioso hilo de sus ideas—. Se me señaló que en el café Anglais sabían hacerlo igual de bien. No admite comparación, señor mío —dijo, agitando la cabeza sin compasión, como un juez condenando a la horca—. No admite comparación.

—Es un sitio con más reputación de la que merece —dijo cierto coronel Pound, que, por su aspecto, se diría que era la primera vez que hablaba en varios meses.

—No sé, no sé —intervino el duque de Chester, que era un optimista—, es francamente bueno en algunas cosas. No hay quien lo supere en…

Un camarero entró velozmente en el cuarto y luego se detuvo en seco. Su detenerse fue tan silencioso como su caminar, pero todos aquellos caballeros benévolos y poco precisos estaban tan acostumbrados a la absoluta suavidad de la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas, que un camarero que hiciera algo inesperado suponía un sobresalto y una sacudida. Sintieron lo que usted y yo sentiríamos si el mundo inanimado nos desobedeciera, si una silla saliera corriendo delante de nuestros ojos.

El camarero se quedó quieto unos segundos, mirando con fijeza, mientras el rostro de todos los comensales reflejaba una extraña vergüenza que es íntegramente producto de nuestro tiempo, y combinación del humanitarismo moderno con el horrible abismo contemporáneo entre las almas de los ricos y de los pobres.

Un auténtico aristócrata de otros tiempos habría arrojado cosas al camarero, empezando con botellas vacías, y terminando probablemente con dinero. Un verdadero demócrata le hubiese preguntado, con la franqueza de un camarada, qué demonios estaba haciendo. Estos plutócratas modernos no soportaban la proximidad de un pobre, ni como esclavo ni como amigo. Que algo no funcionara bien en el servicio era simplemente una cosa muy desagradable y sin el menor interés. No querían ser crueles y temían verse obligados a la benevolencia. Sólo querían dar por zanjado el incidente, fuera el que fuese. Y el incidente quedó zanjado. El camarero, después de permanecer unos segundos tan rígido como si fuese presa de un ataque cataléptico, giró sobre sus talones y salió del comedor como alma que lleva el diablo.

Cuando reapareció en la terraza, o más bien en su umbral, lo hizo en compañía de otro camarero, cuchicheando y gesticulando con todo el ímpetu de los hijos del sur. Luego el primer camarero se ausentó, dejando al segundo, y reapareció con un tercero. Cuando un cuarto camarero se incorporó a este precipitado sínodo, el señor Audley comprendió que se hacía necesario romper el silencio en interés del tacto. Echó mano de una tos muy fuerte, en lugar del mazo presidencial, y dijo:

—Un trabajo espléndido el que el joven Moocher está haciendo en Birmania. A decir verdad, ningún otro país del mundo podría tener…

Un quinto camarero se había dirigido hacia él con la velocidad de una flecha y le estaba susurrando al oído:

—Lo siento mucho. Es importante. El propietario quisiera hablar un momento con usted.

El presidente se volvió desconcertado, y vio, sin salir de su asombro, avanzar al señor Lever en

dirección suya con su pesada celeridad de siempre. La manera de andar del buen propietario era, sin duda, la habitual, pero la coloración de su rostro no tenía nada de corriente. De ordinario era suavemente cobriza; ahora, en cambio, de una amarillez enfermiza.
—Me perdone usted, señor Audley —dijo, con una falta de aliento decididamente asmática—. Tener grandes temores. ¡Los platos de pescado están retirados con el cuchillo y el tenedor!
—Parece lógico —dijo el presidente con bastante calor.
—¿Visto usted? —jadeó el descompuesto propietario—. ¿Visto camarero que se los lleva? ¿Conoce a él?
—¿Que si conozco al camarero? —respondió indignado el señor Audley—. ¡Naturalmente que no!
El señor Lever abrió las manos en un gesto de dolor.
—Yo no mandarlo —dijo—. No saber ni cuándo ni por qué venir. Yo mando mi camarero para llevarse platos, pero los platos ya no están.
El señor Audley aún parecía demasiado desconcertado para ser realmente el hombre que necesita el imperio británico; ninguno de los presentes fue capaz de decir nada con la excepción del hombre de madera —el coronel Pound—, que pareció repentinamente dominado por una extraña energía vital. Alzándose con gran tiesura de la silla, mientras todos los demás seguían sentados, se ajustó el monóculo y dijo con voz ronca muy baja, dando la impresión de que se había olvidado a medias de cómo hablar:
—¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro juego de cubiertos de pescado?
El propietario repitió el gesto de abrir las manos con un componente todavía mayor de desvalimiento; y en un abrir y cerrar de ojos todos los ocupantes de la mesa se habían puesto en pie.
—¿Están aquí todos sus camareros? —preguntó el coronel, con su tono de voz, áspero y bajo.
—Sí; están todos aquí. Lo he comprobado yo mismo —exclamó el joven duque, situando su rostro juvenil en primer término—. Siempre los cuento al entrar, ¡tienen un aspecto tan curioso, alineados contra la pared!
—Pero sin duda no es posible recordar con exactitud… —empezó el señor Audley, agobiado por graves dudas.
—Lo recuerdo con toda claridad, se lo aseguro —exclamó el duque con gran animación—. Nunca ha habido más que quince camareros en este hotel, y hoy tampoco había más de quince, puedo jurarlo; no había más ni tampoco menos.
El propietario se volvió hacia él, presa de una especie de parálisis causada por la sorpresa.
—Usted dice…, usted dice —tartamudeó—, ¿que ve a todos mis quince camareros?
—Como de costumbre —asintió el duque—. ¿Qué hay de extraño en ello?
—Nada —dijo Lever, con tono progresivamente más solemne—, sólo que usted no poder verlos. Porque uno de ellos estar muerto en el piso de arriba.
Hubo un instante de terrible inmovilidad en la terraza. Puede ser (tan sobrenatural resulta la palabra muerte) que todos aquellos hombres ociosos contemplaran su alma durante un segundo y la vieran como un diminuto guisante seco. Uno de ellos (el duque, me parece) dijo incluso, con la estúpida amabilidad de la opulencia:
—¿Podemos hacer algo?
—Ha tenido un sacerdote —dijo el judío, un tanto conmovido.

Entonces, y como si hubieran escuchado los trompetazos del juicio final, fue cuando tomaron conciencia de su verdadera situación. Durante unos cuantos extraños segundos habían llegado realmente a pensar que el camarero número quince era el fantasma del hombre muerto en el piso alto. Habían enmudecido bajo aquel peso, porque los fantasmas eran una cosa incómoda para ellos, igual que los mendigos. Pero el recuerdo de la plata quebró el hechizo de lo milagroso; lo quebró bruscamente y produjo una reacción brutal. El coronel apartó su silla con violencia y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—Si aquí había una decimoquinta persona, amigos —dijo—, esa persona era un ladrón. Hay que llegar inmediatamente a la puerta principal y a la de atrás e impedir que salga nadie; luego hablaremos. Merece la pena que recuperemos las veinticuatro perlas.

El señor Audley pareció abrigar dudas en un primer momento sobre si era propio de un caballero darse tanta prisa por algo; pero al ver al duque precipitarse escaleras abajo con juvenil energía, se decidió a seguirle aunque con paso más reposado.

En aquel mismo instante entró un sexto camarero y explicó que había encontrado la pila de platos de pescado en un aparador, pero ni rastro de los cubiertos de plata.

El tropel de comensales y servidores que se derramó, sin orden ni concierto, por los corredores acabó dividiéndose en dos grupos. La mayoría de los pescadores siguieron al propietario hacia la entrada principal para pedir información sobre cualquier salida. El coronel Pound, con el presidente, el vicepresidente, y uno o dos más, se lanzó por el pasillo que llevaba a la zona del servicio, considerándolo la vía de escape más probable. Al hacerlo, pasaron junto al oscuro nicho o caverna del guardarropa, y vieron a una persona de baja estatura vestida de negro, presuntamente el encargado, de pie y un tanto retirado, en la parte más en sombra.

—¡Oiga usted! —exclamó el duque—. ¿Ha visto pasar a alguien por aquí?

El aludido no respondió directamente a la pregunta, sino que se limitó a decir:

—Quizá tenga yo lo que están ustedes buscando, caballeros.

Los otros se detuvieron, vacilantes y asombrados, mientras su interlocutor se dirigía sin prisas a la parte trasera del guardarropa y regresaba con las dos manos llenas de plata reluciente, plata que procedió a extender sobre el mostrador con la misma calma con que lo habría hecho el dependiente de una tienda, y que fue tomando la apariencia de una docena de tenedores y cuchillos de curiosas formas.

—Usted…, usted… —empezó el coronel, completamente desconcertado por fin. Luego contempló con más detenimiento la pequeña habitación en penumbra y vio dos cosas: en primer lugar, que el hombre bajo y de negros ropajes iba vestido de clérigo; y, en segundo, que el cristal de la ventana situada detrás de él estaba roto, como si alguien lo hubiera atravesado violentamente.

—Objetos muy valiosos para depositarlos en un guardarropa, ¿no es cierto? —observó el clérigo, con sereno buen humor.

—¿Acaso…, acaso ha robado usted esos cubiertos? —tartamudeó el señor Audley, mirándole con ojos muy abiertos.

—Si así fuera —respondió el Padre Brown amablemente—, ya ve al menos que los estoy devolviendo.

—Pero no ha sido usted —dijo el coronel Pound, sin dejar de contemplar la ventana rota.

—Si he de serles completamente sincero, no; no los he robado yo —dijo el otro, con cierta ironía. Y se sentó con gran solemnidad en un taburete.
—Pero sabe quién lo hizo —dijo el coronel.
—Ignoro su verdadero nombre —respondió el sacerdote con placidez—, pero sé algo de su capacidad combativa y mucho sobre sus dificultades espirituales. Calibré su poderío físico mientras trataba de estrangularme, y establecí mi juicio moral cuando se arrepintió.
—¡No me diga que se arrepintió! —dijo el joven Chester, con una risotada que fue una especie de cacareo.
El Padre Brown se puso en pie, llevándose las manos a la espalda.
—¿Verdad que es extraño —dijo— que un ladrón y un vagabundo se arrepienta, cuando tantos que son ricos y viven tranquilos no renuncian a la frivolidad ni a la dureza de corazón, ni dan fruto para Dios o para los hombres? Pero en ese punto, tendrá usted que perdonarme, invade usted un poco mi jurisdicción. Si duda usted de que la penitencia sea un hecho práctico, ahí están sus cuchillos y sus tenedores. Ustedes son los doce verdaderos pescadores, y ahí están todos sus peces de plata. Pero a mí Él me ha hecho pescador de hombres.
—¿Ha capturado usted a ese individuo? —preguntó el coronel, frunciendo el entrecejo.
El Padre Brown le miró de hito en hito.
—Sí —respondió—, le he capturado con un anzuelo que no se ve y con un sedal invisible, lo bastante largo para permitirle llegar hasta el fin del mundo y obligarle, sin embargo, a volver con un simple tirón del hilo.
Se produjo un largo silencio. Todas las demás personas presentes fueron desapareciendo para llevar la recobrada plata a sus compañeros de club, o para consultar al propietario sobre el extraño desenlace de aquel asunto. Pero el coronel, con su rostro ceñudo, continuó sentado de lado sobre el mostrador, balanceando las largas y flacas piernas y mordiéndose el bigote.
—Debía de ser un tipo listo, pero creo que conozco a otro aún más inteligente —le dijo finalmente al sacerdote con mucha calma.
—Era un tipo listo —respondió Brown—, pero no estoy del todo seguro de a qué otro se refiere.
—Hablo de usted —dijo el coronel, con una breve carcajada—. No quiero poner a ese individuo entre rejas; tranquilícese. Pero daría una buena cantidad de tenedores de plata por saber exactamente cómo ha llegado usted a intervenir en este asunto y cómo consiguió sacarle los cubiertos. Creo que es usted el pájaro que más sabe lo que se trae entre manos de todos los que estamos aquí.
Al Padre Brown pareció gustarle bastante la irónica sinceridad del soldado.
—Bueno —dijo sonriendo—, no estoy en condiciones, por supuesto, de revelarle nada sobre la identidad o la historia de nuestro hombre; pero no hay ninguna razón especial para que no le cuente las demás cosas que he descubierto por mí mismo.
El sacerdote saltó por encima de la barrera con inesperada energía y se sentó junto al coronel Pound, agitando las cortas piernas como un chiquillo sobre un portón. Y empezó a contarle la historia con la misma naturalidad con que se la contaría a un viejo amigo junto a un fuego el día de Navidad.
—Verá usted, coronel —dijo—, yo estaba encerrado en ese cuartito de ahí, escribiendo unas cosas, cuando oí unos pies en el pasillo bailando una danza tan extraña como la danza de la muerte. Primero unos curiosos pasitos rápidos, como de un hombre caminando de puntillas por una apuesta; luego

otros pasos lentos, descuidados, chirriantes, como de un hombre corpulento paseándose con un buen cigarro habano. Pero ambos tipos de pasos los daban los mismos pies, se lo juro, respetando un orden; primero la carrera, luego el paseo, y después la carrera de nuevo. Me pregunté, primero distraídamente y más adelante con verdadero interés, por qué un hombre tendría que representar los dos papeles al mismo tiempo. Un tipo de pasos ya lo había reconocido; eran exactamente como los suyos, coronel. Era la forma de andar de un caballero bien alimentado que espera algo y que se pasea debido más a su buena forma física que impulsado por las preocupaciones. Yo sabía que podía identificar el otro tipo de pasos, pero no acababa de situarlo. ¿Qué extraña criatura había conocido yo en mis viajes que avanzase de puntillas a toda velocidad con aquel estilo tan extraordinario? Luego oí un entrechocar de platos en algún sitio, y la respuesta se me apareció con claridad meridiana. Era la manera de andar de un camarero: el cuerpo inclinado hacia adelante, los ojos bajos, las puntas de los pies empujando el suelo hacia atrás, los faldones del frac y la servilleta al brazo en pleno vuelo. Luego seguí pensando minuto y medio más. Y creo que vi la forma en que iba a cometerse el delito con tanta claridad como si fuera yo el ladrón. El coronel Pound le miró con gran interés, pero los apacibles ojos grises del clérigo estaban fijos en el techo con aire distante y casi melancólico.

—Un delito —dijo lentamente— es como cualquier otra obra de arte. No se sorprenda tanto; los delitos no son desde luego las únicas obras de arte que proceden de un taller infernal. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene una marca indispensable; quiero decir que su meollo es algo muy simple, por mucho que llegue a complicarse su realización. Así, en *Hamlet*, pongamos por ejemplo, el carácter grotesco del sepulturero, las flores de la chica que pierde la razón, el fantástico atavío de Osrico, la palidez del fantasma y la mueca de la calavera son todo ello rarezas que forman una especie de enmarañada guirnalda en torno a la simple figura trágica de un hombre vestido de negro. Bien, pues también ésta —continuó, bajándose lentamente del mostrador con una sonrisa— es la simple tragedia de un hombre vestido de negro. Sí —prosiguió, al ver que el coronel levantaba la vista con gesto de bastante asombro—, toda la historia gira en torno a un frac. En este caso, como en *Hamlet*, hay excrecencias de estilo rococó; ustedes, pongamos por ejemplo. El camarero muerto, que estaba ahí, cuando no tenía que estar ahí. La mano invisible que se llevó toda la plata de su mesa y se desvaneció en el aire. Pero todo delito inteligente se funda en última instancia en algún hecho muy simple: un hecho que no es en sí mismo misterioso. La perplejidad surge al ocultarlo, al conseguir que los demás no piensen en ello. Este delito importante, sutil y muy provechoso (si las cosas hubieran seguido su cauce normal) estaba edificado sobre el simple hecho de que el traje de etiqueta de un caballero es idéntico al de un camarero. El resto era un problema de interpretación, que por lo demás en este caso ha sido extraordinariamente buena.

—De todas formas —dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplándose las botas con el entrecejo fruncido—. No estoy seguro de entender lo que ha pasado.

—Coronel —dijo el Padre Brown—, créame si le digo que el arcángel de desvergüenza que robó sus tenedores se paseó veinte veces de un extremo a otro de este pasillo bajo el resplandor de todas las luces y ante las miradas de todos los ojos. No fue a esconderse en rincones oscuros donde la sospecha podría haber ido en su busca. Estuvo recorriendo constantemente los pasillos iluminados, y donde quiera que iba daba la impresión de estar allí por derecho propio. No me pregunte qué aspecto

tenía; usted le ha visto seis o siete veces esta noche. Usted estuvo esperando con todas las demás personas importantes en la sala de recepción, al final del pasillo, inmediatamente antes de la terraza. Cuando el ladrón aparecía entre ustedes, caballeros, lo hacía con el estilo relampagueante de un camarero, cabeza inclinada, servilleta ondeante y pies que apenas tocan el suelo. Salía disparado a la terraza, hacía algo con el mantel y volvía a salir disparado hacia el despacho y la zona de servicio. Para cuando se ponía al alcance de las miradas del ocupante del despacho y de los camareros ya se había convertido en un hombre completamente distinto en cada centímetro de su cuerpo y en cada gesto instintivo. Nuestro hombre se paseó entre los criados con la distraída insolencia a la que sus clientes les tienen acostumbrados. No les resultaba nuevo que un elegante de los que participan en la cena recorriese todas las dependencias de la casa como un animal en el Zoo; el servicio sabe que nada caracteriza tanto a la alta sociedad como la costumbre de entrar donde a uno le apetece. Cuando el ladrón estaba gloriosamente harto de recorrer ese pasillo concreto, le bastaba con dar media vuelta y superar de nuevo el despacho; en la sombra del arco que queda a continuación se transformaba como por el toque de una varita mágica y corría de nuevo a toda prisa entre los doce pescadores, una vez más servidor solícito. ¿Por qué tendrían que fijarse los caballeros en un criado cualquiera? ¿Por qué tendrían que sospechar los camareros de un distinguido caballero que se pasea? En una o dos ocasiones hizo jugadas de mucho ingenio.

En las habitaciones privadas del dueño pidió con gran desparpajo un sifón asegurando que tenía sed. Luego añadió con gran cordialidad que lo llevaría él mismo, y así lo hizo; lo llevó con toda rapidez y corrección, pasando entre todos ustedes, convertido en camarero con una misión muy precisa. Por supuesto no habría podido mantener la comedia mucho tiempo, pero sólo necesitaba llegar hasta el final del plato de pescado.

»Su momento más comprometido fue cuando los camareros se colocaron en fila; pero, incluso entonces, consiguió apoyarse contra la pared entre las dos habitaciones, de manera que en aquel instante tan importante los camareros le creyeran uno de los caballeros, mientras que los caballeros le tomaban por uno de los camareros. El resto fue coser y cantar. Si algún camarero le sorprendía lejos de la mesa se tropezaba en realidad con un lánguido aristócrata. Sólo tuvo que estar atento para entrar en acción dos minutos antes de que empezaran a retirar el pescado, transformarse en eficiente camarero y llevarse los platos, que luego dejó sobre un aparador, la plata se la guardó en el bolsillo interior del frac, creando un bulto apreciable; después corrió como una liebre (yo le oí llegar) hasta el guardarropa. Allí sólo tenía que ser de nuevo un plutócrata que ha de marcharse precipitadamente por cuestiones de negocios. No tenía más que dar el ticket al encargado del guardarropa y desaparecer tan elegantemente como había entrado. Sólo que…, sólo que dio la casualidad que era yo el encargado del guardarropa.

—¿Qué le hizo usted? —exclamó el coronel, con intensidad nada habitual—. ¿Qué le dijo él?

—Tendrá que disculparme —dijo el sacerdote sin inmutarse—, pero aquí es donde termina la historia.

—Y donde empieza la historia interesante —murmuró Pound—. Creo que entiendo el truco profesional del ladrón. Pero no me parece haber captado el suyo.

—Tengo que irme —dijo el Padre Brown. Recorrieron juntos el pasillo hasta el salón de la entrada, donde vieron el rostro juvenil y pecoso del duque de Chester, que se dirigía hacia ellos con grandes

zancadas elásticas.
—Venga conmigo, Pound —exclamó casi sin aliento—. Le he estado buscando por todas partes. La cena está otra vez en marcha con muy buen estilo, y el viejo Audley tiene que hacer un discurso para celebrar el rescate de los cubiertos. Queremos iniciar alguna nueva ceremonia, ¿sabe usted?, para conmemorar el acontecimiento. En realidad hemos recuperado la mercancía gracias a usted, ¡ya lo creo que sí! De manera que dénos su sugerencia.
—Está muy claro —dijo el coronel, contemplándole con una irónica sonrisa aprobatoria—. Yo sugeriría que de ahora en adelante llevemos frac verde en lugar de negro. No se sabe nunca qué confusiones pueden llegar a producirse cuando uno se parece tanto a un camarero.
—¡Ni hablar! —dijo el joven duque—, un caballero nunca se confunde con un camarero.
—Ni un camarero con un caballero, supongo —dijo el coronel Pound con el mismo soterrado regocijo en el rostro—. Reverendo señor, su amigo tiene que haber sido muy listo para representar el papel de caballero.
El Padre Brown se abotonó su vulgar abrigo hasta el cuello, porque la noche estaba desapacible, y sacó su vulgar paraguas del paragüero.
—Sí —dijo—; debe de ser un trabajo muy duro ser un caballero; pero, ¿sabe usted?, a veces he pensado que debe de ser casi igual de laborioso el trabajo de un camarero.
Y al mismo tiempo que decía «buenas noches» abrió la pesada puerta de aquel palacio de placeres. Las puertas doradas se cerraron tras él, y el Padre Brown se lanzó a buen paso por las oscuras y húmedas calles en busca de un vehículo público.

El honor de Israel Gow

Caía una tormentosa tarde color de aceituna y de plata, cuando el Padre Brown, envuelto en una manta escocesa de color gris, llegó al término de un valle escocés de color gris y contempló el singular castillo de Glengyle. El castillo cerraba el paso de un barranco o cañada y parecía el fin del mundo. Aquella cascada de techos inclinados y cúspides de pizarra verdemar, al estilo de los viejos «châteaux» francoescoceses, hacía pensar a un inglés en los sombreros en forma de campanario que usan las brujas de los cuentos. Y los pinares que se balanceaban en torno a sus verdes torreones parecían, por comparación, negros como innumerables bandadas de cuervos. Esta nota de diabolismo soñador y casi soñoliento no era una simple casualidad del paisaje. Pues en aquel lugar descansaba una de esas nubes de orgullo y de locura y de misteriosa aflicción que caen con mayor pesadumbre sobre las casas nobles de Escocia que sobre ninguna otra morada de los hijos del hombre. Pues Escocia padece una dosis doble del veneno llamado «herencia»: la tradición de la sangre en el aristócrata y la tradición del destino en el calvinista. El sacerdote había robado un día a sus trabajos en Glasglow para ir a ver a su amigo Flambeau, el detective aficionado, que estaba a la sazón en el castillo de Glengyle acompañado de un «empleado oficial», haciendo averiguaciones sobre la vida y muerte del difunto conde de Glengyle. Este misterioso personaje era el último representante de una raza cuyo valor, locura y violenta astucia la habían hecho terrible, aun entre la siniestra nobleza de la nación, allá por el siglo XVI. Ninguna familia estuvo más metida en aquel laberinto de ambiciones, en los secretos de los secretos de aquel palacio de mentiras que se edificó en torno a María, reina de los escoceses.

Una copla local daba testimonio de las causas y resultados de sus maquinaciones, en estas cándidas palabras:

Como la savia verde para los árboles
es el oro rojo para los Ogilvie.

Durante muchos siglos, el castillo de Glengyle no había tenido un amo digno, y era de creer que ya para la época de la reina Victoria, agotadas las excentricidades, sería de otro modo. Sin embargo, el último Glengyle cumplió la tradición de su tribu, haciendo la única cosa original que le quedaba por hacer: desapareció. No quiero decir que se fuera a otro país; al contrario: si aún estaba en alguna parte, todos los indicios hacían creer que permanecía en el castillo. Pero, aunque su nombre constaba en el registro de la iglesia, así como en el voluminoso libro rojo de los Pares, nadie lo había visto bajo el sol.

A menos que lo hubiera visto cierto servidor solitario, que era para él algo entre jardinero y palafrenero. Era este sujeto tan sordo que la gente apresurada lo tomaba por mudo, aunque los más penetrantes lo tenían por medio imbécil. Era un labriego flaco, pelirrojo, de obstinada mandíbula y barba, y de ojos azules casi negros; respondía al nombre de Israel Gow y era el único servidor de aquella desierta propiedad. Pero la diligencia con que cultivaba las papas y la regularidad con que desaparecía en la cocina hacían pensar a la gente que estaba preparando la comida a su superior y

que el extravagante conde seguía escondido en el castillo. Con todo, si alguien deseaba averiguarlo a ciencia cierta, el criado afirmaba con la mayor persistencia que el amo estaba ausente.
Una mañana, el director de la escuela y el pastor (los Glengyle eran presbiterianos) recibieron una cita para el castillo. Ahí se encontraron con que el jardinero, cocinero y palafrenero había añadido a sus muchos oficios el de empresario de pompas fúnebres, y había metido en un ataúd a su noble y difunto señor. Si se aclaró o dejó de aclararse el caso es asunto que todavía aparece algo confuso, porque nunca se procedió a hacer la menor averiguación legal, hasta que Flambeau apareció por aquella zona del norte. De esto, a la sazón, hacía unos dos o tres días. Y hasta entonces el cadáver de Lord Glengyle (si es que era su cadáver) había quedado depositado en la iglesia de la colina.
Al pasar el Padre Brown por el vago jardín y entrar en la sombra del castillo, había unas nubes opacas y el aire era húmedo y tempestuoso. Sobre el jirón de oro verdoso del último reflejo solar vio una negra silueta humana: era un hombre con sombrero alto y una enorme azada al hombro. Aquella combinación hacía pensar en un sepulturero; pero el Padre Brown la encontró muy natural al recordar al criado sordo que cultivaba las papas. No le eran desconocidas las costumbres de los labriegos de Escocia, y sabía que eran lo bastante solemnes para creerse obligados a llevar traje negro durante una investigación oficial, y lo bastante económicos para no desperdiciar por eso una hora de laboreo. Y la mirada entre sorprendida y desconfiada con que vio pasar al sacerdote era también algo que convenía muy bien a su tipo de celoso guardián.
Flambeau en persona vino a abrir la puerta, acompañado de un hombre de aspecto frágil, con cabellos color gris metálico y un rollo de papeles en la mano: era el inspector Craven, de Scotland Yard. El vestíbulo estaba completamente abandonado y casi vacío, pero las caras pálidas y burlonas de los perversos Ogilvie los contemplaban desde sus pelucas negras y ennegrecidas telas.
Siguiendo a los otros hacia una sala interior, el Padre Brown vio que se habían instalado en una larga mesa de roble, llena de papeles garabateados, de whisky y de tabaco en un extremo. El resto de la mesa lo ocupaban varios objetos; objetos tan inexplicables como indiferentes. Uno parecía un montoncito de vidrios rotos. Otro era un montón de polvo pardo. El tercer objeto era un bastón.
—Esto parece un museo geológico —dijo el Padre Brown, sentándose y señalando con la cabeza el polvo pardo y los cristalinos fragmentos.
—No un museo geológico —dijo Flambeau—, un museo psicológico.
—¡Por amor de Dios! —dijo el policía oficial, riendo—. No empecemos con palabras difíciles.
—¿No sabe usted lo que quiere decir psicología? —preguntó Flambeau con amable sorpresa—. Psicología quiere decir estar loco.
—No lo entiendo bien —insistió el oficial.
—Bueno —dijo Flambeau con decisión—. Lo que yo quiero decir es que sólo una cosa hemos puesto en claro respecto a Lord Glengyle, y es que era un maniático.
La negra silueta de Gow, con su sombrero de copa y su azada al hombro, pasó por la ventana, destacada confusamente sobre el cielo nublado. El Padre Brown la contempló mecánicamente y dijo:
—Ya me doy cuenta de que algo extraño le sucedía, cuando de tal modo permaneció enterrado en vida y tanta prisa se dio en enterrarse al morir. Pero, ¿qué razones especiales hay para creerlo loco?
—Bueno —contestó Flambeau—; vea la lista de objetos que el señor Craven ha encontrado en la casa.

—Habrá que encender una vela —dijo Craven—. Va a caer una tormenta y ya está muy oscuro para leer.
—¿Ha encontrado usted alguna vela entre sus muchas curiosidades? —preguntó Brown, sonriendo.
Flambeau levantó el grave rostro y fijó sus negros ojos en el amigo.
—También esto es curioso —dijo—. Veinticinco velas y ni rastro de candeleros.
En la oscuridad creciente de la sala, en medio del creciente rumor del viento tempestuoso, Brown buscó en la mesa, entre los demás despojos, el montón de velas de cera. Al hacerlo se inclinó casualmente sobre el montón de polvo rojizo y no pudo contener un estornudo.
—¡Rapé! —dijo.
Tomó una vela, la encendió con mucho cuidado y después la metió en una botella de whisky vacía. El aire inquieto de la noche, penetrando por la ventana desvencijada, agitaba la larga llama como una bandera. Y en torno del castillo podían oírse las millas y millas de pino negro, hirviendo como un negro mar en torno de una roca.
—Voy a leer el inventario —anunció Craven gravemente, tomando un papel—. El inventario de todas las cosas inconexas e inexplicables que hemos encontrado en el castillo. Antes conviene que sepa usted que esto está desmantelado y abandonado, pero que uno o dos cuartos han sido, evidentemente, habitados por alguien que no es el criado Gow, y que llevaba, sin duda, una vida muy simple, aunque no miserable. He aquí la lista:
»1.°—Un verdadero tesoro en piedras preciosas, casi todas diamantes, y todas sueltas, sin ninguna montura. Desde luego, es muy natural que los Ogilvie poseyeran joyas de familia, pero en las joyas de familia las piedras siempre aparecen montadas en artículos de adorno, y los Ogilvie parece que hubieran llevado sus piedras sueltas en los bolsillos, como monedas de cobre.
»2.°—Montones y montones de rapé, pero no guardado en cuerno, tabaquera ni bolsa, sino por ahí sobre las repisas de las chimeneas, sobre el piano, en cualquier parte, como si el caballero no quisiera darse el trabajo de abrir una bolsa o levantar una tapa.
»3.°—Aquí y allá, por toda la casa, montoncitos de metal, resortes y ruedas microscópicas, como si hubieran destripado algún juguete mecánico.
»4.°—Las velas, que hay que ensartar en botellas por no haber un solo candelero… Y ahora fíjese usted en que esto es mucho más extravagante de lo que uno se imagina. Porque ya el enigma central lo teníamos descontado: a primera vista hemos comprendido que algo extraño había pasado con el difunto conde. Hemos venido aquí para averiguar si realmente vivió aquí, si realmente murió aquí, si este espantajo pelirrojo que lo inhumó tuvo algo que ver en su muerte. Ahora bien: supóngase usted lo peor, imagine usted la explicación más extraña y melodramática. Suponga que el criado mató a su amo, o que éste no ha muerto verdaderamente, o que el amo se ha disfrazado de criado, o que el criado ha sido enterrado en lugar del amo. Invente usted la tragedia que más le guste, al estilo de Wilkie Collins, y todavía así le será imposible explicarse esta ausencia de candeleros, o el hecho de que un anciano caballero de buena familia derramase el rapé sobre el piano. El corazón, el centro del enigma, está claro; pero no así los contornos y orillas. Porque no hay hilo de imaginación que pueda conectar el rapé, los diamantes, las velas y los mecanismos de relojería triturados.
—Yo creo ver la conexión —dijo el sacerdote—. Este Glengyle tenía la manía de odiar la revolución francesa. Era un entusiasta del *ancien régime*, y trataba de reproducir al pie de la letra la

vida familiar de los últimos Borbones. Tenía rapé porque era un lujo del siglo XVIII; velas de cera porque eran el procedimiento del alumbrado del siglo XVIII; los trocitos metálicos representan la chifladura de cerrajero de Luis XVI; y los diamantes, el collar de diamantes de María Antonieta.
Los dos amigos lo miraron con ojos atónitos.
—¡Qué suposición más extraordinaria y perfecta! —exclamó Flambeau—. ¿Y cree usted realmente que es verdadera?
—Estoy perfectamente seguro de que no lo es —contestó el Padre Brown—. Sólo que ustedes aseguran que no hay medio de conectar el rapé, los diamantes, las relojerías y las velas, y yo les propongo la primera conexión que se me ocurre para demostrarles lo contrario. Pero estoy seguro de que la verdad es más profunda, está más allá.
Calló un instante y escuchó el aullar del viento en las torres. Luego dijo:
—El difunto conde de Glengyle era un ladrón. Vivía una segunda vida oscura, era un condenado violador de cerraduras y puertas. No tenía ningún candelero porque estas velas sólo las usaba, cortándolas en cabos, en la linternita que llevaba consigo. El rapé lo usaba como han usado la pimienta los más feroces criminales franceses: para arrojarlo a los ojos de sus perseguidores. Pero la prueba más concluyente es la curiosa coincidencia de los diamantes y las ruedecitas de acero. Supongo que ustedes también lo verán claro: sólo con diamantes o con ruedecitas de acero se pueden cortar las vidrieras.
La rama rota de un pino azotó pesadamente sobre la vidriera que tenían a su espalda, como parodiando a un ladrón nocturno, pero ninguno volvió la cara. Los policías estaban pendientes del Padre Brown.
—Diamantes y ruedecitas de acero —rumió Craven—. ¿Y sólo en eso se funda usted para considerar verdadera su explicación?
—Yo no la juzgo verdadera —replicó el sacerdote plácidamente—. Pero ustedes aseguraban que era imposible establecer la menor relación entre esos cuatro objetos… La verdad tiene que ser mucho más precisa. Glengyle había descubierto, o creía haber descubierto, un tesoro de piedras preciosas en sus propiedades. Alguien lo había embaucado con esos diamantes sueltos, asegurándole que habían sido hallados en las cavernas del castillo. Las ruedecillas de acero eran algo concerniente a la talla de los diamantes. La talla tenía que hacerse muy en pequeño y modestamente, con ayuda de unos cuantos pastores o gente ruda de esos valles. El rapé es el mayor lujo de los pastores escoceses; lo único con que se les puede sobornar. Esta gente no usaba candeleros porque no los necesitaba: cuando iban a explorar los sótanos llevaban las velas en la mano.
—¿Y eso es todo? —preguntó Flambeau, tras larga pausa—. ¿Al fin ha llegado usted a la verdad?
—¡Oh, no! —dijo el Padre Brown.
El viento murió en los términos del pinar como un murmullo de burla, y el Padre Brown, con cara impasible, continuó:
—Yo sólo he lanzado esa suposición porque ustedes afirmaban que no había medio de relacionar el tabaco, los pequeños mecanismos, las velas y las piedras brillantes. Fácil es construir diez falsas filosofías sobre los datos del Universo, o diez falsas teorías sobre los datos del castillo de Glengyle. Pero lo que necesitamos es la explicación verdadera del castillo y del Universo. Vamos a ver, ¿no hay más documentos?

Craven rió de buena gana y Flambeau, sonriendo, se levantó, recorrió la longitud de la mesa y señaló:
—Documentos número cinco, seis, siete; y todos más variados que instructivos, seguramente. He aquí una curiosa colección, no de lápices, sino de minas de lápices; más allá una insignificante caña de bambú, con el puño astillado: bien pudo ser el instrumento del crimen. Sólo que no sabemos si hay crimen. Y el resto, algunos viejos misales y cuadritos de asunto católico que los Ogilvie conservaban tal vez desde la Edad Media, porque su orgullo familiar era mayor que su puritanismo. Sólo los hemos incluido en nuestro museo porque parece que han sido cortados y mutilados de un modo singular.
Afuera la terca tempestad arrastraba una nidada de nubes sobre Glengyle, y de pronto la amplia sala quedó sumergida en la oscuridad, al tiempo que el Padre Brown examinaba las páginas miniadas de los misales. Antes de que aquella onda de oscuridad se disipara, el Padre Brown volvió a hablar, pero con la voz de un hombre distinto.
—Señor Craven —dijo como hombre a quien le quitan de encima diez años—, usted tiene autorización para examinar la sepultura, ¿verdad? Cuanto antes, mejor: así entraremos de lleno en este horrible misterio. Yo en lugar de usted procedería a ello ahora mismo.
—¿Ahora mismo? —preguntó, asombrado, el policía—. ¿Y por qué ahora?
—Porque esto ya es muy serio —contestó Brown—. Aquí no se trata ya de rapé derramado o piedras desmontadas por cualquier causa. Para esto sólo puede haber una razón, y la razón va a dar en las raíces del mundo. Estas estampas religiosas no están simplemente sucias ni han sido rasguñadas o rayadas por ocio infantil o por celo protestante, sino que han sido estropeadas muy cuidadosamente y de un modo muy sospechoso. Dondequiera que aparecía en las antiguas miniaturas el gran nombre ornamental de Dios, ha sido raspado laboriosamente. Y sólo otra cosa más ha sido raspada: el halo en torno a la cabeza del Niño Jesús. De modo que venga el permiso, venga la azada o el hacha y vamos ahora mismo a abrir ese ataúd.
—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el oficial londinense.
—Quiero decir —contestó el curita, y su voz pareció dominar el ruido de la tempestad—, quiero decir que el Diablo puede estar sentado en el torreón de este castillo en este mismo instante, el gran Diablo del Universo, más grande que cien elefantes y aullando como en el Apocalipsis. Hay en todo esto algo de magia negra.
—Magia negra —repitió Flambeau en voz baja, porque era hombre bastante ilustrado para no entender de eso—. ¿Qué significan, pues, esos últimos documentos?
—Algo horrible, me parece —dijo el Padre Brown con impaciencia—. ¿Cómo he de saberlo a ciencia cierta? ¿Cómo voy a adivinar todo lo que hay en este laberinto? Tal vez el rapé y el bambú son instrumentos de tortura. Tal vez la cera y las limaduras de acero representan aquí la manía de un loco. Tal vez con las minas de los lápices se hace una bebida enloquecedora. Sólo hay un medio para irrumpir de una vez en el seno de estos enigmas, y es ir al cementerio de la colina.
Sus compañeros apenas se dieron cuenta de que lo habían obedecido y seguido, cuando, en el jardín, un golpe de viento les azotó la cara. Sin embargo, lo habían obedecido como autómatas porque Craven se encontró con un hacha en la mano y la autorización para abrir la tumba en el bolsillo. Flambeau llevaba la azada del jardinero, y el mismo Padre Brown llevaba el librito dorado del cual

habían arrancado el nombre de Dios.
El camino que, sobre la colina, conducía al cementerio de la parroquia era tortuoso, pero breve; con la furia del viento resultaba largo y difícil. Hasta donde la vista alcanzaba, y cada vez más lejos, conforme subían la colina, se extendía el mar inacabable de pinos, doblados por el viento. Y todo aquel orbe parecía tan vano como inmenso; tan vano como si el viento silbara sobre un planeta deshabitado e inútil. Y en aquel infinito de bosques azulosos y cenizos cantaba, estridente, el antiguo dolor que hay en el corazón de todas las cosas paganas. Parecía que en las voces íntimas de aquel insondable follaje gritaban los perdidos y errabundos dioses gentiles, extraviados por aquella selva, e incapaces de hallar otra vez la senda de los cielos.
—Ya ven ustedes —dijo el Padre Brown en voz baja, pero no sofocada—. El pueblo escocés, antes de que existiera Escocia, era lo más curioso del mundo. Todavía lo es, por lo demás. Pero en tiempos prehistóricos yo creo que adoraban a los demonios. Y por eso —añadió con buen humor—, por eso cayeron en la teología puritana.
—Pero, amigo mío —dijo Flambeau, de mal humor—, ¿qué significa todo ese rapé?
—Pues, amigo mío —replicó Brown con igual seriedad y siguiendo su tema—, una de las pruebas de toda religión verdadera es el materialismo. Ahora bien: la adoración de los demonios es una religión verdadera.
Habían llegado al calvero de la colina, uno de los pocos sitios que dejaba libre el rumoroso pinar. Una pequeña cerca de palos y alambres vibraba en el viento, indicando el límite del cementerio. El inspector Craven llegó al sitio de la sepultura y Flambeau hincó la azada y se apoyó en ella para hacer saltar la losa; ambos se sentían sacudidos por la tempestad como los palos y alambres de la cerca. Crecían junto a la tumba unos cardos enormes, ya mustios, grises y plateados. Una o dos veces, el viento arrancó unos cardos, lanzándolos como flechas frente a Craven, que se echaba atrás, asustado.
Flambeau arrancaba la hierba y abría la tierra húmeda. De pronto se detuvo, apoyándose en la azada como en un báculo.
—Adelante —dijo cortésmente el sacerdote—. Estamos en el camino de la verdad. ¿Qué teme usted?
—Temo a la verdad —dijo Flambeau.
El detective londinense empezó a hablar ruidosamente, tratando de parecer muy animado:
—¿Por qué diablos se escondería tanto este hombre? ¿Sería repugnante tal vez? ¿Sería leproso?
—O algo peor —contestó Flambeau.
—¿Qué, por ejemplo? —continuó el otro—. ¿Qué peor que un leproso?
—No sé —dijo Flambeau.
Siguió cavando en silencio y, después de algunos minutos, dijo con voz sorprendida:
—Temo que fuera deforme.
—Como aquel trozo de papel que usted recordará —dijo tranquilamente el Padre Brown—. Y, con todo, logramos triunfar de aquel papel.
Flambeau siguió cavando con energía. Entretanto, la tempestad había arrastrado poco a poco las nubes prendidas como humareda a los picos de las montañas, y comenzaban a revelarse los nebulosos campos de estrellas. Al fin Flambeau descubrió un gran ataúd de roble y lo levantó un poco sobre los bordes de la fosa. Craven se adelantó con su hacha. El viento le arrojó un cardo en la

cara y lo hizo retroceder; después dio un paso decidido, y con una energía igual a la de Flambeau rajó y abrió hasta quitar del todo la tapa. Y todo aquello apareció a la luz gris de las estrellas.
—Huesos —dijo Craven. Y luego añadió como sorprendido—: ¡Y son de hombre!
Y Flambeau, con voz desigual:
—Y ¿no tienen… nada extraordinario?
—Parece que no —contestó el oficial con voz ronca, inclinándose sobre el oscuro y ruinoso esqueleto—. Espere un poco.
Sobre el enorme cuerpo de Flambeau pasó como una ola pesada:
—Y ahora que lo pienso, ¿por qué había de ser deforme? El hombre que vive en estas malditas montañas, ¿cómo va a librarse de esta obsesión enloquecedora, de esta incesante sucesión de cosas negras, bosques y bosques, y, sobre todo, de este horror profundo e inconsciente? ¡Si esto parece la pesadilla de un ateo! ¡Pinos y pinos y más pinos, y millones de…!
—¡Dios! —gritó el hombre junto al ataúd—; no tenía cabeza.
Y mientras los otros se quedaban estupefactos, el sacerdote dejó ver por primera vez su asombro:
—¿Con que no hay cabeza? —preguntó—. ¿Falta la cabeza? —como si hubiera esperado otra deficiencia.
Por la mente de aquellos hombres cruzaron insensatas visiones de un niño acéfalo nacido en la casa de los Glengyle, de un joven acéfalo ocultándose en el castillo, de un hombre acéfalo cruzando esos antiguos salones o ese profuso jardín… Pero, a pesar del enervamiento que los dominaba, aquellas funestas imágenes se disiparon en un instante sin echar raíces en su alma. Y los tres se quedaron escuchando los bosques ensordecedores y los gritos del cielo, como unas bestias fatigadas. El pensamiento parecía algo enorme que se les había escapado de la mano.
—En torno a esta sepultura —dijo el Padre Brown—, sí que hay tres hombres sin cabeza.
El pálido detective londinense abrió la boca para decir algo y se quedó con la boca abierta. Un largo silbido de viento rasgó el cielo. El policía contempló el hacha que tenía en las manos, como si no le perteneciera, y la dejó caer:
—Padre —dijo Flambeau con aquella voz grave e infantil que tan raras veces se le oía—. ¿Qué hacemos?
La respuesta de su amigo fue tan rápida como un disparo.
—Dormir —dijo el Padre Brown—. Dormir. Hemos llegado al término del camino. ¿Sabe usted lo que es el sueño? ¿Sabe usted que todo el que duerme cree en Dios? El sueño es un sacramento, porque es un acto de fe y es un acto de nutrición. Y necesitamos un sacramento, aunque sea de orden natural. Ha caído sobre nosotros algo que muy pocas veces cae sobre los hombres, y que es acaso lo peor que les puede caer encima.
Los abiertos labios de Craven se juntaron para preguntar:
—¿Qué quiere usted decir?
El sacerdote había vuelto ya la cara hacia el castillo cuando contestó:
—Hemos descubierto la verdad, y la verdad no tiene sentido.
Y echó a andar con un paso inquieto y precipitado, muy raro en él. Y cuando todos llegaron al castillo se acostó al instante y se durmió con la simplicidad de un perro.
A pesar de su místico elogio del sueño, el Padre Brown se levantó más temprano que los demás, con

excepción del callado jardinero. Y los otros lo encontraron fumando su pipa y observando la muda labor del experto jardinero en el jardincito cercano a la cocina. Hacia el amanecer la tormenta se había deshecho en lluvias torrenciales, y el día resultó muy fresco. Parece que el jardinero había estado un rato charlando con Brown, pero al ver a los detectives hoscamente clavó la azada en un surco, dijo algo de su almuerzo, se alejó por entre las filas de berzas y se encerró en la cocina.

—Ese hombre vale mucho —dijo el Padre Brown—. Logra admirablemente las papas. Pero —añadió con ecuánime compasión— tiene sus faltas. ¿Quién no las tiene? Por ejemplo, no ha trazado derecho este surco —y dio con el pie en el sitio—. Tengo mis dudas sobre el éxito de esta papa.

—¿Y por qué? —preguntó Craven, divertido con la nueva locura del hombrecito.

—Tengo mis dudas —continuó éste— porque también las tiene el viejo Gow. Ha andado metiendo sistemáticamente la azada por todas partes, menos aquí. ¡Ha de haber aquí una papa colosal!

Flambeau arrancó la azada y la hincó impetuosamente en aquel sitio. Al revolver la tierra sacó algo que no parecía papa, sino una seta monstruosa e hipertrofiada. Al dar sobre ella la azada hubo un chirrido, y el extraño objeto rodó como una pelota, dejando ver la mueca de un cráneo.

—El conde de Glengyle —dijo melancólicamente el Padre Brown.

Y después le arrebató la azada a Flambeau.

—Conviene ocultarlo otra vez —dijo—. Y volvió a enterrar el cráneo.

Y reclinándose en la azada dejó ver una mirada vacía y una frente llena de arrugas.

—¿Qué puede significar este horror?

Y, siempre apoyado en la azada, hundió la cara en las manos, como lo hacen los hombres en la iglesia.

El cielo brillaba, azul y plata; los pájaros charlaban y parecía que eran los mismos árboles los que estaban charlando. Y los tres hombres callaban.

—Bueno, yo renuncio —exclamó Flambeau—. Esto no me entra en la cabeza, y esto se ha acabado. Rapé, devocionarios estropeados, interiores de cajas de música y qué sé yo qué más…

Pero Brown, descubriéndose la cara y arrojando la azada con impaciencia, lo interrumpió:

—¡Calle, calle! Todo eso está más claro que el día. Esta mañana, al abrir los ojos, entendí todo eso del rapé y las rodajas de acero. Y después me he puesto a probar un poco al viejo Gow, que no es tan sordo ni tan estúpido como lo aparenta. No hay nada de malo en todos esos objetos encontrados. También me había yo equivocado en lo de los misales estropeados: no hay ningún mal en ello. Pero esto último me inquieta. Profanar sepulcros y robarse las cabezas de los muertos ¿puede no ser malo? ¿No estará en esto la magia negra? Esto no concuerda con la sencillísima historia de las velas y del rapé —y se puso a pasear, fumando filosóficamente.

—Amigo mío —dijo Flambeau con un gesto de buen humor—. Tenga cuidado conmigo; recuerde que yo he sido un criminal. La inmensa ventaja de ese estado consiste en que yo mismo forzaba la intriga y la desarrollaba al instante. Pero esta función policíaca de esperar y esperar sin fin es demasiado para mi impaciencia francesa. Toda mi vida, para bien o para mal, lo he hecho todo en un instante. Todo duelo que se me ofrecía había de ser para la mañana del día siguiente; toda cuenta, al contado; ni siquiera aplazaba yo una visita al dentista.

El Padre Brown dejó caer la pipa, que se rompió en tres pedazos sobre el suelo, y abrió unos ojos de idiota.

—¡Dios mío, qué estúpido soy!; ¡pero qué estúpido, Señor!
Y soltó una risa descompuesta:
—¡El dentista! —repitió—. ¡Seis horas en el más completo abismo espiritual y todo por no haber pensado en el dentista! ¡Una idea tan sencilla, tan hermosa, tan pacífica! Amigos: hemos pasado una noche en el infierno, pero ahora se ha levantado el sol, los pájaros cantan, y la radiante evocación del dentista restituye al mundo su tranquilidad.
—Yo descubriré este misterio, aunque me vea forzado a recurrir a los tormentos de la Inquisición —dijo Flambeau, encaminándose al castillo.
El Padre Brown tuvo que contener un ímpetu de ponerse a bailar en mitad del cantero, ya iluminado por el sol, y gritó después de un modo casi lastimoso y como un chiquillo.
—¡Por favor, déjenme ser loco un instante! ¡He padecido tanto con este misterio! Ahora comprendo que todo esto es de lo más inocente. Apenas un poco extravagante. Y eso, ¿qué importa?
Dio una vuelta en un pie como un chiquillo y después se enfrentó con sus amigos y dijo gravemente:
—Ésta no es la historia de un crimen, sino de una singular y torcida honradez. Precisamente se trata quizá del único hombre en la tierra que ha tomado exactamente lo que le deben. Es un caso extremo de esa lógica vital y terrible que constituye la religión de esta raza.
La vieja copla sobre la casa de Glengyle:

Como la savia verde para los árboles
es el oro rojo para los Ogilvie,

es al mismo tiempo metafórica y literal. No sólo significa el anhelo de bienestar de los Glengyle; también significa, literalmente, que coleccionaban oro, que tenían una gran cantidad de ornamentos y utensilios de este metal. Que eran, en suma, avaros con la manía del oro. Y a la luz de esta suposición recorramos ahora todos los objetos encontrados en el castillo, diamantes sin sortija de oro; velas sin sus candelabros de oro; rapé sin tabaqueras de oro; minas de lápiz sin el lapicero de oro; un bastón sin su puño de oro; piezas de relojería sin las cajas de oro de los relojes, o, mejor dicho, sin relojes. Y, aunque parezca locura, el halo del Niño Jesús y el nombre de Dios de los viejos misales sólo han sido raspados porque eran de oro legítimo.
Flambeau encendió un cigarrillo mientras su amigo continuaba:
—Todo ese oro ha sido sustraído, pero no robado. Un ladrón nunca hubiera dejado rastros semejantes: se habría llevado las tabaqueras con el rapé; los lapiceros con las minas, etc. Tratamos con un hombre que tiene una conciencia muy singular, pero que tiene conciencia. Este extraño moralista ha estado hablando conmigo esta mañana en el jardincito de la cocina, y de sus labios oí una historia que me permite reconstruirlo todo.
»El difunto Archibaldo Ogilvie era el hombre más cercano al tipo del hombre bueno que jamás haya nacido en Glengyle. Pero su amarga virtud se convirtió en misantropía. Las faltas de sus antecesores lo abrumaban, y de ellas inducía la maldad general de la raza humana. Sobre todo tenía desconfianza de la filantropía o liberalidad. Y se prometió a sí mismo que, si encontraba un hombre capaz de tomar sólo lo que estrictamente le correspondía, ése sería el dueño de todo el oro de Glengyle. Tras este reto a la humanidad se encerró en su castillo, sin la menor esperanza de que el reto fuera

contestado. Sin embargo, una noche, un muchacho sordo, y al parecer idiota, vino de una aldea distante a traerle un telegrama, y Glengyle, con un humorismo amargo, le dio un cuarto de penique nuevo. Mejor dicho, eso creyó haber hecho, porque cuando, un instante después, examinó las monedas vio que aún conservaba el cuarto de penique, y echó de menos en cambio una libra esterlina. Este accidente fue para él un tema de amargas meditaciones. De cualquier modo, el muchacho demostraría la codicia que era de esperar en la especie humana. O desaparecería, un ladrón robando una moneda; o volvería virtuosamente, un pedante buscando una recompensa. Pero a la media noche Lord Glengyle tuvo que levantarse a abrir la puerta —porque vivía solo— y se encontró con el sordo idiota. Y el sordo idiota venía a devolverle, no la libra esterlina, sino la suma exacta de diecinueve chelines, once peniques y tres cuartos de penique. Es decir, que el muchacho había tomado para sí un cuarto de penique.

»La exactitud extravagante de este acto impresionó vivamente al desequilibrado caballero. Se dijo que, nuevo Diógenes afortunado, había descubierto al hombre honrado que deseaba. Hizo entonces un nuevo testamento, que yo he visto esta mañana. Trajo a su enorme y abandonado caserón al muchacho, lo educó, hizo de él su criado solitario y, a su manera, lo instituyó heredero de sus bienes. Este extraño sordo, aunque entiende poco, entendió muy bien las dos ideas fijas de su señor: primero, que en este mundo lo esencial es el derecho y, segundo, que él había de ser, por derecho, el dueño de todo el oro de Glengyle. Y esto es todo, y es muy sencillo. El hombre ha sacado de la casa todo el oro que había, y ni una partícula que no fuera de oro; ni siquiera un grano de rapé. Y así levantó todo el oro de las viejas miniaturas, convencido de que dejaba todo el resto intacto. Todo eso me era ya comprensible, pero no podía yo entender lo del cráneo, y me desesperaba el hecho de haberlo encontrado escondido entre las papas. Me desesperaba…, hasta que Flambeau dijo la palabra feliz.

»Todo está ya muy claro, y todo irá bien. Este hombre volverá el cráneo a la sepultura en cuanto le haya extraído las muelas de oro…

Y, en efecto, al pasar aquella mañana por la colina donde está el cementerio, Flambeau vio a aquel extraño ser, a aquel justo avaro cavando en la sepultura profanada, con la bufanda escocesa al cuello, agitada por el viento de la montaña, y en la cabeza el decente sombrero de copa.

(The Innocence of Father Brown, 1913)

El ojo de Apolo

Ese singular centelleo —a la vez confusión y transparencia— que es el extraño secreto del Támesis, iba cambiando progresivamente del gris a su resplandeciente final mientras el sol ascendía hasta su cénit, cuando los dos hombres cruzaron el puente de Westminster. Uno era muy alto y el otro muy bajo; echando mano de la fantasía se les podría haber comparado con la arrogante torre del reloj del Parlamento y con los hombros encorvados, más humildes, de la abadía, porque el más bajo llevaba traje talar. Al individuo de elevada estatura se le identificaba oficialmente como monsieur Hercule Flambeau, detective privado, y se dirigía hacia su recién estrenado despacho en un nuevo conglomerado de apartamentos situado frente a la entrada de la abadía. La descripción oficial del hombre bajo era la de reverendo J. Brown, adscrito a la iglesia de St. Francis Xavier, en Camberwell, y venía a ver la nueva sede de su amigo después de atender en su lecho de muerte a un feligrés de su parroquia.

El edificio era americano por su altura de rascacielos, y americano también por la eficiente complejidad de su sistema de teléfonos y ascensores. Pero estaba recién terminado y aún medio vacío: sólo se habían instalado tres inquilinos; los locales encima de Flambeau se hallaban ocupados, y lo mismo sucedía con los inmediatamente debajo; pero los dos pisos de más arriba y los tres inferiores estaban completamente vacíos. Sin embargo, la primera ojeada a la nueva torre de apartamentos advertía algo mucho más llamativo. Con la excepción de unas pocas reliquias del andamiaje, el objeto más notorio se hallaba situado en el exterior del local inmediatamente por encima del de Flambeau. Se trataba de una enorme efigie dorada del ojo humano, con rayos de oro alrededor, que ocupaba todo el espacio de dos o tres ventanas.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó el Padre Brown, deteniéndose.

—No es más que una nueva religión —dijo Flambeau, riendo—, una de esas nuevas religiones que perdona los pecados diciendo que nunca han existido. Yo diría que se parece bastante a la Ciencia Cristiana. Lo cierto es que un individuo que se hace llamar Kalon (ignoro cuál pueda ser su nombre, pero sé que no es ése) ha alquilado el apartamento encima del mío. Tengo dos mecanógrafas debajo, y encima a este farsante lleno de entusiasmo, que se considera a sí mismo como el nuevo sacerdote de Apolo y adora al sol.

—Más le valdrá tener cuidado —dijo el Padre Brown—. El sol era el más cruel de todos los dioses. Pero, ¿qué significa ese ojo monstruoso?

—Tal como yo lo entiendo, se trata de una teoría de esos creyentes —respondió Flambeau—, según la cual un hombre puede soportar cualquier cosa si tiene una cabeza muy firme. Sus dos grandes símbolos son el sol y el ojo abierto; porque dicen que si un hombre estuviese realmente sano podría mirar al sol.

—Si un hombre estuviera realmente sano —dijo el Padre Brown—, no se molestaría en mirarlo.

—Bueno, eso es todo lo que puedo decirle acerca de la nueva religión —siguió Flambeau despreocupadamente—. Sostiene, por supuesto, que está en condiciones de curar todas las enfermedades corporales.

—¿Es capaz de curar la enfermedad espiritual por excelencia? —preguntó el Padre Brown, con grave curiosidad.

—¿Y cuál es esa enfermedad espiritual por excelencia? —preguntó Flambeau sonriendo.
—Pues pensar que uno está perfectamente bien —dijo su amigo.
Flambeau se interesaba más por la tranquila oficinita debajo de la suya que por el aparatoso templo de arriba. Era un hombre lúcido del sur, que sólo se veía a sí mismo como católico o como ateo; y las nuevas religiones de tipo brillante o pálido no eran una de sus especialidades. Pero la humanidad le interesaba siempre, sobre todo si era bien parecida; además, las damas del piso de abajo eran verdaderos personajes a su manera. La oficina la llevaban dos hermanas, las dos esbeltas y morenas, y una alta y llamativa, de perfil aquilino, intenso y serio; una de esas mujeres que siempre se recuerdan de perfil, como si se tratase de la silueta perfectamente recortada de un arma; parecía abrirse camino por la vida como una flecha que atraviesa el aire. Sus ojos poseían un brillo sorprendente, pero era el brillo del acero más que el de los diamantes; y su esbelta figura resultaba un poquito más rígida de lo debido. Su hermana pequeña era como una sombra suya en tamaño reducido, un poquito más gris, pálida e insignificante. Ambas llevaban ropa de un color negro funcional, con puños y cuellos masculinos. Existen miles de mujeres igualmente tenaces y lacónicas en las oficinas de Londres, pero el interés de estas dos radicaba más en su posición real que en la aparente.
Porque Pauline Stacey, la mayor, era de hecho la heredera de un título y de medio condado, así como de grandes riquezas; se había educado en mansiones y jardines antes de que una helada fiereza (peculiar de la mujer moderna) la llevase a lo que consideraba como una existencia más severa y más elevada. No había renunciado a su dinero, por supuesto: eso habría significado un abandono romántico o eremítico completamente ajeno a su imperioso utilitarismo. Conservaba su patrimonio, habría explicado ella, para utilizarlo en la resolución de problemas sociales. Parte de su dinero lo había invertido en su negocio, el núcleo de un emporio mecanográfico modelo; y otra parte se hallaba distribuida en diferentes ligas y causas para el progreso de trabajos de ese tipo entre las mujeres. Hasta qué punto Joan, su hermana y asociada, compartía este idealismo ligeramente prosaico es algo de lo que nadie podía estar muy seguro. Pero la más joven seguía a su adalid con un afecto perruno que resultaba en cierto modo más atractivo —con su toque de tragedia— que el entusiasmo sin desfallecimientos de la mayor. Porque Pauline Stacey no tenía la menor relación con la tragedia; se daba por sentado que negaba su existencia.
Su rígida rapidez y fría impaciencia había divertido muchísimo a Flambeau en su primera visita al nuevo edificio de apartamentos. El detective se había quedado junto al ascensor en el vestíbulo de entrada esperando a que compareciera el ascensorista, quien de ordinario trasladaba a los visitantes a los distintos pisos. Pero esta muchacha, semejante a un halcón de brillantes ojos, se había negado sin ambages a soportar cualquier tipo de retraso oficial. Dijo con brusquedad que sabía todo lo referente al manejo del ascensor, y que no dependía ni de ascensoristas en particular, ni de hombres en general. Aunque su oficina estaba en el tercer piso, aprovechó los escasos segundos del trayecto para, con gran espontaneidad, hacer partícipe a Flambeau de muchos de sus fundamentales puntos de vista; la idea central era que Pauline era una trabajadora moderna y le gustaba la maquinaria moderna. Sus resplandecientes ojos negros ardían con furia abstracta contra quienes rechazaban la ciencia mecánica y pedían el regreso de lo novelesco. Todo el mundo, decía ella, debería ser capaz de manejar máquinas, de la misma manera que ella manejaba el ascensor. Dio casi la impresión de

tomar a mal el hecho de que Flambeau le abriera la puerta para salir, y el detective subió hasta su apartamento sonriendo con entremezclados sentimientos al recordar aquella independencia tan colérica.

Sin duda alguna Pauline tenía mucho carácter, vigoroso y práctico al mismo tiempo; los gestos de sus elegantes manos de dedos largos eran bruscos e incluso destructivos. En cierta ocasión, Flambeau entró en su oficina por un asunto de mecanografía, y se encontró con que acababa de tirar al suelo unas gafas que pertenecían a su hermana y que las estaba pisoteando; al mismo tiempo soltaba a raudales una diatriba ética sobre las «enfermizas ideas médicas» y el morboso reconocimiento de debilidad que iba implícito en aquel artefacto. Desafió a su hermana a que volviera a traer a la oficina semejante basura artificial y malsana. Preguntó si se esperaba que ella llevase patas de palo o pelucas u ojos de vidrio; y al hablar sus ojos centelleaban como el terrible cristal.

Flambeau, completamente desconcertado ante aquel fanatismo, no pudo por menos de preguntar a la señorita Pauline (con sincera lógica francesa) por qué un par de gafas era un signo de debilidad más morboso que un ascensor, y por qué, si la ciencia nos podía ayudar disminuyendo un esfuerzo, no sucedía lo mismo en el caso de la vista.

—Son cosas bien diferentes —dijo Pauline Stacey con altivez—. Las pilas y los motores y todas esas cosas son manifestaciones de la fuerza del hombre…, sí, señor Flambeau, ¡y también de la fuerza de las mujeres! Tendremos nuestro turno al mando de esas grandes máquinas que devoran las distancias y desafían al tiempo. Eso es espléndido y majestuoso…, eso es realmente ciencia. Pero los desagradables artefactos y emplastos que venden los médicos…, esas cosas no son más que símbolos de cobardía. Los médicos se nos agarran a las piernas y a los brazos como si hubiéramos nacido lisiados y no fuésemos más que esclavos enfermos. ¡Pero yo nací libre, señor Flambeau! La gente cree que necesita esas cosas por la simple razón de que se la ha educado en el miedo, en lugar de educarla para la fuerza y la valentía, de la misma manera que las estúpidas nodrizas dicen a los niños que no miren al sol, y el resultado es que no lo pueden hacer sin pestañear. Pero, ¿por qué ha de haber entre las estrellas una que no me esté permitido ver? El sol no es mi dueño, y abriré los ojos y le miraré fijamente siempre que me apetezca hacerlo.

—Sus ojos, señorita —dijo Flambeau, con una inclinación que nada tenía de inglesa—, deslumbrarán al sol —le divertía piropear a aquella extraña beldad demasiado estirada, en parte porque con ello lograba hacerle perder un poco su compostura. Pero mientras subía a sus oficinas, respiró hondo y silbó, diciendo para sus adentros: «De manera que ha caído en manos de ese hechicero de arriba con su ojo dorado.» Porque, a pesar de que sabía muy poco y se interesaba menos aún por la nueva religión de Kalon, había oído hablar de su peculiar idea sobre la contemplación del sol.

Pronto descubrió que los lazos espirituales entre el piso superior y el inferior eran ya intensos y adquirían cada vez más fuerza. El hombre que se hacía llamar Kalon era una magnífica criatura, digno, en sentido físico, de ser el pontífice de Apolo: casi tan alto como Flambeau y mucho mejor parecido, de barba dorada, penetrantes ojos azules y una melena echada hacia atrás como la de un león. En estructura era la bestia rubia de Nietzsche, pero toda esta belleza animal resultaba elevada, iluminada y suavizada por un verdadero intelecto y una auténtica espiritualidad. Aunque pareciese uno de los grandes reyes sajones, se trataba precisamente de uno de los reyes que habían sido, además, santos. Y esto a pesar de la incongruencia londinense que le rodeaba; a pesar de que tuviera

un local a media altura en un edificio de Victoria Street; a pesar del oficinista (un joven corriente que llevaba puños y cuello duro) que ocupaba la habitación exterior, entre Kalon y el corredor; y a pesar de que su nombre aparecía en una placa de latón, y del emblema dorado de su credo, colgado sobre la calle, como el anuncio de un oculista. Toda esta vulgaridad no privaba al hombre llamado Kalon de la intensa fuerza e inspiración que surgían de su alma y de su cuerpo. De manera que, a fin de cuentas, en presencia de este charlatán cualquier persona tenía la impresión de hallarse delante de un gran hombre. Incluso con el suelto traje de chaqueta confeccionado en hilo que utilizaba como ropa de trabajo en su despacho, seguía siendo una figura fascinante y formidable; y ataviado con las blancas vestiduras y la corona dorada con que diariamente saludaba al sol, tenía realmente un aspecto tan espléndido que la risa de la gente de la calle se le ahogaba repentinamente en la garganta. Tres veces al día el nuevo adorador del sol salía a su balconcito, delante de todo Westminster, para recitar una letanía a su resplandeciente señor: al alba, al ponerse el sol y también al toque del mediodía. Y fue mientras aún resonaban débilmente las campanadas de la torre del Parlamento y de la iglesia parroquial cuando el Padre Brown, el amigo de Flambeau, alzó la vista y contempló por primera vez al blanco sacerdote de Apolo.

Pero para Flambeau ya no eran ninguna novedad estos diarios saludos a Febo, y se introdujo en el portal del alto edificio sin comprobar siquiera si le seguía el clérigo. El Padre Brown, sin embargo, ya fuese por su interés profesional en los ritos o por un intenso interés personal en cualquier tipo de payasada, se detuvo a contemplar el balcón del adorador del sol, exactamente igual que se podría haber detenido ante un teatrillo de marionetas. Kalon el profeta, erguido en toda su estatura, con albas vestiduras y manos alzadas, hacía llegar el sonido de su voz, extrañamente resonante, hasta la bulliciosa calle al recitar su letanía solar. Había llegado ya a la mitad, y mantenía fijos los ojos en el disco llameante. Es dudoso que viera algo o alguien en este mundo; es prácticamente seguro que no veía a un rechoncho sacerdote de cara redonda que, mezclado con la multitud, le contemplaba desde abajo guiñando los ojos constantemente. Porque ésa era quizá la diferencia más llamativa entre estos dos hombres ya de por sí tan distintos. El Padre Brown no podía dejar de pestañear cuando miraba cualquier cosa, mientras que el sacerdote de Apolo podía contemplar el sol de mediodía sin el más leve parpadeo.

—¡Oh sol! —exclamó el profeta—, ¡oh estrella demasiado grande para ocupar un sitio entre las estrellas! ¡Oh manantial que fluyes mansamente en ese lugar secreto llamado espacio! Padre blanco de todas las incansables cosas blancas, llamas y flores y cumbres blancas. Padre más inocente que todos tus más inocentes y mansos hijos; pureza primigenia, en cuya paz…

Un ruido silbante y un estrépito como la carrera invertida de un cohete quedó ahogado por unos estridentes e incesantes alaridos. Cinco personas se abalanzaron hacia el interior del edificio al mismo tiempo que tres individuos salían corriendo del portal, y durante unos instantes se ensordecieron mutuamente con sus voces. El sentimiento de algún horror completamente inesperado pareció llenar momentáneamente media calle de malas noticias: malas noticias que resultaban aún peores porque todos ignoraban en qué consistían. Dos figuras siguieron inmóviles después de la conmoción que produjo el estrépito: el bien parecido sacerdote de Apolo en el balcón, y el feo sacerdote de Cristo en la calle.

Finalmente, la alta figura y la titánica energía de Flambeau aparecieron en el umbral del edificio y

dominaron el pequeño tumulto. Hablando a voz en cuello con la potencia de la sirena de una fábrica dijo que alguien fuese en busca de un médico; y, al volverse para entrar de nuevo en el oscuro y abarrotado portal, su amigo, el Padre Brown, se deslizó tras él con la discreción de la insignificancia. Incluso mientras esquivaba y se zambullía entre la multitud siguió oyendo la magnífica y uniforme melodía del sacerdote del sol, todavía invocando al feliz dios amigo de los manantiales y de las flores.

El Padre Brown encontró a Flambeau y a unas seis personas más en torno al espacio cerrado donde normalmente se detenía el ascensor. Pero el ascensor no había descendido. Otra cosa lo había hecho en su lugar; otra cosa que debería haber bajado dentro del ascensor. Durante los cuatro últimos minutos Flambeau lo había estado contemplando; había visto la figura ensangrentada y la cabeza destrozada de la hermosa mujer que negaba la existencia de la tragedia. No había tenido en ningún momento la menor duda que se trataba de Pauline Stacey; y, aunque hubiese enviado a por un médico, tampoco tenía la menor duda de que estaba muerta.

No era capaz de recordar con seguridad si aquella mujer le agradaba o le desagradaba; había en ella tanto de agradable como de desagradable. Pero Pauline había sido una persona para él, y el insoportable patetismo de los pequeños detalles y de la costumbre le punzaban con todos los diminutos puñales del desconsuelo. Recordó su agraciado rostro y sus pedantes discursos con esa repentina intensidad secreta que expresa toda la amargura de la muerte. En un instante, como un rayo caído de lo alto, como un trueno salido de no se sabe dónde, aquel hermoso cuerpo desafiante había sido arrojado al pozo abierto del ascensor para encontrar la muerte en su fondo. ¿Se trataba de un suicidio? Parecía imposible, tratándose de una persona tan optimista y tan insolente. ¿Era un asesinato? Pero, ¿quién había en aquellos apartamentos prácticamente deshabitados capaz de asesinar a nadie? Con un torrente de ásperas palabras, que Flambeau deseaba firmes y descubrió repentinamente débiles, preguntó dónde estaba el tal Kalon. Una voz, habitualmente grave, tranquila y sonora, le aseguró que Kalon había permanecido en su balcón adorando a su dios durante los últimos quince minutos. Cuando Flambeau oyó la voz y sintió la mano del Padre Brown volvió el atezado rostro y dijo con brusquedad:

—Entonces, si ha estado arriba todo el tiempo, ¿quién puede haberlo hecho?

—Quizá —dijo el otro— debamos subir y averiguarlo. Disponemos de media hora antes de que la policía entre en acción.

Dejando el cuerpo de la heredera muerta al cuidado de los médicos, Flambeau se lanzó escaleras arriba hasta la oficina mecanográfica, la encontró completamente vacía y subió rápidamente hasta la suya. Después de entrar allí regresó junto a su amigo con una expresión distinta y el rostro muy pálido.

—Su hermana —dijo con desagradable seriedad—, su hermana parece haber salido a dar un paseo.

El Padre Brown asintió con la cabeza.

—O puede que haya subido al despacho del adorador del sol —sugirió—. Si yo fuera usted lo comprobaría, y luego hablaremos de ello en su oficina. No —añadió de repente, como si recordara algo—; ¿es que no dejaré nunca de decir tonterías? En la oficina de las hermanas, por supuesto.

Flambeau se le quedó observando y siguió con la mirada al sacerdote de corta estatura escaleras abajo, hasta el piso vacío de las Stacey, donde el impenetrable pastor de almas se acomodó, junto a

la misma puerta, en un amplio sillón de cuero rojo, desde donde podía ver las escaleras y los descansillos, y se puso a esperar. No tuvo que aguardar mucho. Al cabo de unos cuatro minutos tres figuras descendieron por la escalera, semejantes tan sólo en la solemnidad de su porte. La primera era Joan Stacey, la hermana de la mujer muerta: evidentemente *había* estado arriba en el provisional templo de Apolo; la segunda era el sacerdote de Apolo en persona, concluida ya su letanía, barriendo las vacías escaleras con gran magnificencia: algo en sus vestiduras blancas, barba y cabellos divididos en el centro hacían pensar en el Cristo saliendo del Pretorio de Doré; la tercera era Flambeau, con expresión sombría y un tanto desconcertado.

La señorita Joan Stacey, morena, de rostro tenso y cabellos prematuramente teñidos de gris, se dirigió directamente a su escritorio y ordenó sus papeles con un eficiente manotazo. Este simple gesto hizo que todos los demás recobraran la cordura. Si la señorita Joan Stacey era una asesina lo llevaba con mucha calma. El Padre Brown la contempló durante algún tiempo con una extraña sonrisita, y luego, sin quitarle los ojos de encima, se dirigió a otra persona.

—Profeta —dijo, hablando presumiblemente con Kalon—, me gustaría que me contase muchas cosas sobre su religión.

—Me sentiré muy honrado haciéndolo —dijo Kalon, inclinando la cabeza todavía coronada—, pero no estoy seguro de entender.

—Bueno, se trata de lo siguiente —dijo el Padre Brown con su manera francamente dubitativa—. Se nos enseña que si los principios básicos de un hombre son realmente malos, la culpa tiene que ser en parte suya. Pero, a pesar de eso, advertimos ciertas diferencias en un hombre que obra decididamente contra su conciencia, aunque esté más o menos repleta de sofismas. Así que vamos a ver, ¿cree usted realmente que el asesinato sea una acción reprensible?

—¿Esto es una acusación? —preguntó Kalon con mucha calma.

—No —respondió Brown con la misma suavidad—; se trata del alegato de la defensa.

En la prolongada y sorprendida inmovilidad de la habitación el profeta de Apolo se puso en pie lentamente, y su movimiento fue en verdad como la salida del sol. Llenó aquella estancia de tal manera con su luz y con su vida que cualquier persona hubiera pensado que podría llenar con la misma facilidad la llanura de Salisbury. Su figura, cubierta con una túnica, pareció adornar todo el cuarto de colgaduras clásicas; su gesto épico dio la impresión de extenderse a más amplias perspectivas, hasta que la negra figurilla del clérigo moderno pareció no ser más que un defecto y una intrusión, una redonda mancha negra sobre algún esplendor griego.

—Por fin nos encontramos, Caifás —dijo el profeta—. Tu iglesia y la mía son las únicas realidades sobre la tierra. Yo adoro el sol y tú el oscurecimiento del sol; tú eres el sacerdote de un dios agonizante y *yo* del Dios vivo. Tu tarea actual de sospecha y calumnia es digna de tu sotana y de tu credo. Toda tu iglesia no es más que una negra policía; no sois más que espías y detectives que tratáis de arrancar a los hombres confesiones de culpabilidad mediante la traición o mediante la tortura. Vosotros declaráis a los hombres culpables de delitos, yo los declaro inocentes. Vosotros los convencéis de que son pecadores, yo, de su virtud.

»Te diré una palabra más antes de hacer saltar para siempre por los aires tus elucubraciones sin fundamento, lector de los libros del mal. No podrías entender ni por lo más remoto lo poco que me preocupa que puedas declararme culpable o no. Las cosas a las que llamas ignominia y una horrible

muerte en la horca no significan para mí más de lo que significa para un hombre ya crecido un ogro en un libro infantil. Has dicho que me estabas ofreciendo el alegato de la defensa. Me interesa tan poco ese mundo cubierto de nubes que es la vida presente que voy a ofrecerte el alegato de la acusación. Sólo se puede decir una cosa en contra mía en este asunto, y soy yo quien va a decirla. La mujer que ha muerto era mi amor y mi esposa; no de la manera que vuestros templos de guardarropía llaman legal, sino de acuerdo con una ley más pura y más rigurosa de lo que tú podrás entender nunca. Ella y yo caminábamos por otro mundo distinto del tuyo, y avanzábamos por lugares de cristal mientras vosotros os arrastrabais por túneles y corredores de ladrillo. Pues bien, sé que los policías, teológicos o de cualquier otra clase, siempre se imaginan que donde ha habido amor tiene que aparecer pronto el odio; de manera que ahí tienes el primer argumento para la acusación. Pero el segundo es todavía más fuerte; eso no voy a negártelo. No sólo es cierto que Pauline me amaba; también lo es que esta misma mañana, antes de morir, redactó en esa mesa un testamento dejándonos a mí y a mi nueva iglesia medio millón. Vamos, ¿dónde están las esposas? ¿Imaginas que me importan las ridículas cosas que puedas hacer conmigo? Los años en la cárcel serán como esperarla en un lugar al borde del camino. La horca no será más que ir hacia ella en un coche rápido.

Hablaba con la estremecedora autoridad de un gran orador, y Flambeau y Joan Stacey se le quedaron mirando con asombrada admiración. El rostro del Padre Brown parecía expresar tan sólo una extraordinaria congoja; contemplaba el suelo con una arruga de sufrimiento cruzándole la frente. El profeta del sol se apoyó con desenvoltura en la repisa de la chimenea y continuó:

—En unas pocas palabras te he presentado todo lo que hay en contra mía; lo único que cabe presentar en contra mía. Lo voy a hacer saltar por los aires aun con menos palabras, de manera que no quede ni rastro de todo ello. Porque en cuanto a si he cometido este crimen, la verdad se resume en una frase: no lo he podido cometer. Pauline Stacey cayó desde este piso a las doce y cinco. Cien personas darán testimonio de que yo estaba en el balcón de mi apartamento en el piso superior desde poco antes de las campanadas de las doce hasta las doce y cuarto…, la duración normal de mis oraciones públicas. Mi subalterno (un respetable joven de Clapham, que no tiene ninguna conexión conmigo) jurará que estuvo en el antedespacho toda la mañana y que no se produjo ninguna comunicación con el exterior. Dará testimonio de que llegué por lo menos diez minutos antes de la hora, quince antes de que se produjera el más mínimo murmullo sobre el accidente, y que yo no salí de la oficina ni del balcón durante todo ese tiempo. Nadie ha tenido nunca una coartada tan completa; podría citar a declarar a medio Westminster. Creo que será mejor que te guardes otra vez las esposas. El juicio ha terminado.

»Pero además, con el fin de que no quede en el aire ni rastro de esta estúpida sospecha, voy a decirte todo lo que quieres saber. Creo conocer la forma en que mi desgraciada amiga se produjo la muerte. Podrás, si así lo decides, culparme a mí por ello, o por lo menos culpar a mi fe y a mi filosofía; pero no podrás, desde luego, meterme en la cárcel. Todos los estudiosos de las más altas verdades saben bien que determinados adeptos e *iluminati* han obtenido a lo largo de la historia el poder de levitar…, es decir, de sostenerse por sí mismos en el aire. Se trata tan sólo de una parte de esa conquista general de la materia que es el elemento básico de nuestra oculta sabiduría. La pobre Pauline era de temperamento impulsivo y ambicioso. En mi opinión, si he de ser sincero, se creía más compenetrada con esos misterios de lo que en realidad estaba; y me ha dicho muchas veces,

cuando bajábamos juntos en el ascensor, que si tuviéramos la suficiente fuerza de voluntad podríamos descender flotando sin hacernos más daño que una pluma. Creo solemnemente que en un noble momento de éxtasis intentó el milagro. La voluntad, o la fe, le fallaron en el instante crucial, y la ley inferior de la materia se tomó su horrible venganza. Esa es toda la historia, caballeros, muy triste y, como ustedes piensan, muy presuntuosa y desagradable, pero en ningún caso criminal ni relacionada conmigo en ninguna forma. En el lenguaje de los atestados será mejor darle el nombre de suicidio. Yo lo llamaré siempre un fracaso heroico por el progreso de la ciencia y por la lenta ascensión hacia el paraíso.

Era la primera vez que Flambleau había visto derrotado al Padre Brown, que seguía inmóvil, mirando al suelo, con muchas arrugas en la frente y expresión dolorida, como si se sintiera avergonzado. Era imposible eludir el sentimiento avivado por las aladas palabras del profeta de que se estaba en presencia de un sombrío profesional de la acusación y de la sospecha desbordado por un espíritu más puro y más altivo, poseedor de libertad y de salud naturales. Finalmente, el sacerdote dijo, parpadeando como si fuese presa de alguna angustia corporal:

—Bien, señor mío, si es ése el caso, lo único que tiene usted que hacer es recoger ese documento testamentario del que ha hablado y marcharse. Me pregunto dónde lo habrá dejado la pobre señora.

—Creo que debe de estar sobre su escritorio, junto a la puerta —dijo Kalon con la impresionante inocencia que se desprendía de todo su comportamiento y que parecía absolverle por completo—. Me dijo precisamente que lo redactaría hoy por la mañana, y de hecho la vi escribiendo cuando subía en el ascensor a mi despacho.

—¿Tenía la puerta abierta en aquel momento? —preguntó el sacerdote, con la mirada en una esquina de la esterilla.

—Sí —dijo Kalon calmosamente.

—¡Ah! Y ha seguido abierta desde entonces —replicó el otro, continuando su silencioso estudio de la esterilla.

—Hay un papel aquí —dijo la severa señorita Joan, con voz un tanto singular. Había llegado hasta el escritorio de su hermana atravesando el umbral y sostenía en la mano un folio de papel azul. La agria sonrisa que acompañó a sus palabras parecía inadecuada para semejante escena u ocasión, y Flambeau la contempló con un ceño cada vez más pronunciado.

Kalon el profeta se mantuvo alejado del papel con el regio desinterés que le había ayudado hasta entonces a superar todas las dificultades. Flambeau, en cambio, recogió el documento de manos de la señorita y lo leyó dando muestras de extraordinario asombro. Empezaba, efectivamente, ateniéndose a la fórmula habitual en los testamentos, pero después de las palabras: «Doy y lego todas mis posesiones», la escritura se detenía bruscamente, convertida en una serie de trazos sueltos, y no aparecía el menor rastro del nombre de ningún heredero. Flambeau lleno de admiración, pasó el documento a su amigo, quien, después de lanzarle una ojeada, se lo pasó en silencio al sacerdote del sol.

Un instante después, el pontífice, envuelto en sus amplias y espléndidas vestiduras, había cruzado la habitación en dos grandes zancadas y se cernía sobre Joan Stacey con los ojos casi saliéndosele de las órbitas.

—¿Qué jugarreta es ésta? —exclamó—. Aquí no está todo lo que ha escrito Pauline.

Los demás se sorprendieron al oírle hablar con una voz completamente distinta, en la que había aparecido una estridencia típicamente yanqui; toda la grandiosidad y el buen inglés de Kalon había desaparecido como quien se despoja de una capa.
—No hay nada más sobre su escritorio —dijo Joan, enfrentándosele con firmeza y sin perder su sonrisa de mala voluntad.
De repente, el orador del sol prorrumpió en una catarata de blasfemias y frases descreídas. Había algo de estremecedor en aquel quitarse la máscara; era como si un hombre dejara caer su verdadero rostro.
—¡De acuerdo! —exclamó con marcado acento americano, después de maldecir hasta quedarse sin aliento—; quizá yo sea un aventurero, pero me parece que tú eres una asesina. Sí, caballeros, aquí tienen la explicación de esa muerte, y sin necesidad de levitaciones. La pobre chica está escribiendo un testamento en mi favor; su maldita hermana entra en el cuarto, forcejea para quitarle la pluma, la arrastra hasta el hueco del ascensor y la arroja al vacío antes de que pueda terminarlo. ¡Creo que nos van a hacer falta las esposas después de todo!
—Como usted mismo ha indicado acertadamente —replicó Joan con temible calma—, su empleado es un joven muy respetable, que sabe en qué consiste un juramento; y ese joven dará testimonio ante cualquier tribunal de que me encontraba en la oficina de usted, ocupada con un trabajo de mecanografía desde cinco minutos antes a cinco minutos después de la caída de mi hermana. Y el señor Flambeau añadirá que me ha encontrado allí cuando ha subido.
Se produjo un silencio.
—Entonces —exclamó Flambeau—, ¡Pauline estaba sola cuando cayó, y fue un suicidio!
—Estaba sola cuando cayó —dijo el Padre Brown—, pero no fue un suicidio.
—En ese caso —preguntó Flambeau con tono impaciente—, ¿cómo murió?
—Fue asesinada.
—Pero estaba completamente sola —objetó el detective.
—Fue asesinada cuando estaba completamente sola —respondió el sacerdote.
Todos los demás se le quedaron mirando, pero él siguió en la misma actitud de abatimiento, con una arruga muy marcada en la frente redonda y un aire impersonal de vergüenza y de pena; y al hablar su voz resultaba descolorida y triste.
—Lo que yo quiero saber —exclamó Kalon, acompañando sus palabras con un juramento— es cuándo va a venir la policía a por esta sanguinaria y perversa hermana. Ha matado a una persona de su misma sangre; me ha robado medio millón que era una donación tan sagrada como…
—Vamos, vamos, profeta —le interrumpió Flambeau burlonamente—, recuerde que todo este mundo no es más que un banco de nubes.
El intérprete del dios del sol hizo un esfuerzo por encaramarse de nuevo en su pedestal.
—No es una simple cuestión de dinero —exclamó—, aunque eso habría permitido que nuestra causa se difundiera por todo el mundo. Se trata también de los deseos de mi bienamada. Para Pauline todo esto era santo. A ojos de Pauline…
El Padre Brown se levantó de pronto con tanta violencia que tiró la silla para atrás. Tenía la palidez de la muerte y, sin embargo, parecía lleno de esperanza: le brillaban los ojos.
—¡Eso es! —exclamó con voz firme—. Por ahí hay que empezar. A ojos de Pauline…

El profeta de elevada estatura retrocedió ante el diminuto sacerdote casi totalmente descompuesto.
—¿Qué quiere decir? ¿Cómo se atreve? —exclamó varias veces.
—A ojos de Pauline —repitió el sacerdote, mientras los suyos brillaban cada vez más—. Continúe…, siga, por el amor de Dios. El delito más atroz que jamás hayan sugerido los espíritus diabólicos se hace más llevadero después de confesarlo. Siga, siga…, a ojos de Pauline…
—¡Déjeme marchar, engendro del averno! —exclamó Kalon, forcejeando como un gigante encadenado—. ¿Quién eres, maldito espía, para tejer tus telas de araña en torno a mí, y escudriñar y mirar a hurtadillas? Déjame marchar.
—¿Debo detenerle? —preguntó Flambeau, precipitándose hacia la salida, porque Kalon había abierto ya la puerta de par en par.
—No; déjele salir —dijo el Padre Brown, con un extraño suspiro muy hondo que parecía surgir de las profundidades del universo—. Deje paso a Caín, porque pertenece a Dios.
Se produjo un prolongado silencio después de que Kalon abandonara el apartamento, silencio que fue una larga agonía de interrogación para el ardiente temperamento de Flambeau. La señorita Joan Stacey se puso a ordenar los papeles que tenía encima del escritorio con gran frialdad.
—Padre —dijo Flambeau por fin—, es mi deber, no únicamente mi curiosidad…, es mi deber averiguar, si me es posible, quién ha cometido este delito.
—¿Qué delito? —preguntó el Padre Brown.
—El delito del que nos estamos ocupando, por supuesto —replicó su impaciente amigo.
—Nos estamos ocupando de dos delitos —dijo Brown—, delitos de muy diferente peso…, y cometidos por delincuentes muy distintos.
La señorita Joan Stacey, después de recoger y guardar sus papeles, procedió a cerrar con llave el cajón. El Padre Brown continuó, reparando en ella tan poco como ella reparaba en él.
—Los dos delitos —hizo notar— se cometieron aprovechando la misma debilidad de la misma persona, en un forcejeo por su dinero. El autor del delito más importante ha visto desbaratados sus planes por el delito de menor cuantía; el autor de este último es quien se ha quedado con el dinero.
—Por favor, abandone ese tono tan didáctico —gimió Flambeau—, dígamelo en pocas palabras.
—Lo puedo decir con una sola palabra —respondió su amigo.
La señorita Joan Stacey se plantó en la cabeza su funcional sombrero negro delante de un espejito con un rápido fruncimiento de ceño, y, mientras la conversación seguía su curso, recogió su bolso y su paraguas con mucha calma y abandonó la habitación.
—La verdad está en una sola palabra, y bastante corta, por añadidura —dijo el Padre Brown—. Pauline Stacey era ciega.
—¡Ciega! —repitió Flambeau, irguiéndose lentamente en toda su enorme estatura.
—Tenía una predisposición hereditaria —continuó Brown—. Su hermana habría empezado a usar gafas de permitírselo ella; pero su especial filosofía o manía era que no se deben propiciar tales enfermedades cediendo ante ellas. Pauline no estaba dispuesta a admitir que su visión fuese borrosa; o trató de superarlo a fuerza de voluntad. De manera que sus ojos empeoraron progresivamente debido al esfuerzo por ver; pero aún faltaba lo peor. Tenía que aparecer nuestro inestimable profeta, o como quiera que se llame a sí mismo, que le enseñó a mirar al sol directamente. Eso recibía el nombre de aceptar a Apolo. ¡Ah, si estos nuevos paganos fueran por lo menos como los antiguos,

serían un poco más prudentes! Los antiguos sabían que la simple adoración de la naturaleza sin protección tiene un lado cruel. Sabían que el ojo de Apolo puede estallar y cegar.
Hubo una pausa, y el sacerdote continuó con voz muy suave e incluso un poco quebrada:
—Tanto si ese demonio la hizo quedarse ciega deliberadamente como si no, no cabe la menor duda de que la asesinó deliberadamente aprovechándose de su ceguera. La misma simplicidad del delito es sobrecogedora. Ya sabe usted que Kalon y Pauline subían y bajaban en el ascensor sin ayuda de nadie; también sabe con qué suavidad y qué silenciosamente se deslizan esos ascensores. Kalon llevó el ascensor al descansillo de la muchacha, y la vio, gracias a la puerta abierta, escribiendo con la lentitud provocada por su ceguera el testamento que le había prometido. La llamó alegremente para decirle que tenía listo el ascensor y que podía utilizarlo en cuanto terminara. Luego apretó el botón y subió silenciosamente con el ascensor a su piso, atravesó la oficina, salió al balcón y recitaba ya sus plegarias con toda tranquilidad ante la calle abarrotada de gente cuando la pobre chica, después de terminar su tarea, corrió jubilosa hacia donde su amado y el ascensor iban a recibirla, y se precipitó…
—¡No siga! —exclamó Flambeau.
—Tendría que haber conseguido medio millón apretando un botón —continuó el sacerdote de breve estatura con la descolorida voz con que hablaba de semejantes horrores—, pero le salió el tiro por la culata. Se le estropeó el plan porque había, además, otra persona que también quería el dinero, y conocía el secreto de la pobre Pauline. Hay un detalle acerca de ese testamento que según creo nadie ha advertido: aunque estaba sin terminar y le faltaba la firma principal, la otra señorita Stacey y algún criado suyo lo habían firmado ya como testigos. Joan lo firmó primero, diciéndole a Pauline que podía terminarlo después, con típico desprecio femenino hacia las formalidades legales. La verdad es que Joan quería que su hermana firmase el testamento sin testigos reales. ¿Por qué? Yo he pensado en la ceguera y estoy seguro de que quería que Pauline firmara a solas porque no quería que firmase en absoluto.
»Las personas como las Stacey siempre usan plumas estilográficas pero esto se aplicaba de manera muy especial a Pauline. Por costumbre, y debido a su gran fuerza de voluntad y a su memoria, aún escribía casi tan bien como si continuara viendo, pero no estaba en condiciones de saber cuándo necesitaba mojar la pluma, Por consiguiente, su hermana llenaba siempre con mucho cuidado sus plumas estilográficas…, todas excepto ésta, que la señorita Joan dejó cuidadosamente sin llenar; la tinta que quedaba le permitió a Pauline escribir algunas líneas hasta que se agotó del todo. Y el profeta perdió quinientas mil libras esterlinas y cometió en vano uno de los más brutales y brillantes asesinatos de la historia de la humanidad.
Flambeau se dirigió hacia la puerta abierta y oyó que la policía estaba subiendo las escaleras. Se volvió y dijo:
—Tiene usted que haber hilado muy fino para ser capaz de descubrir la culpabilidad de Kalon en diez minutos.
El Padre Brown tuvo una especie de sobresalto.
—¿La de él? —dijo—. No; he tenido que hilar bastante fino para descubrir lo que había hecho la señorita Joan con la pluma estilográfica. Pero sabía que Kalon era culpable antes de entrar en el portal.

—¡Bromea usted! —exclamó Flambeau.
—Hablo completamente en serio —respondió el sacerdote—. Le digo que supe que lo había hecho antes incluso de saber qué era lo que había hecho.
—Pero, ¿cómo es posible?
—Estos paganos estoicos —dijo Brown reflexivamente— siempre fallan por exceso. Se produjo un estrépito y un gran alarido en la calle, y el sacerdote de Apolo ni se sobresaltó ni miró alrededor. Yo no sabía lo que había pasado; pero supe inmediatamente que él lo estaba esperando.

El duelo del doctor Hirsch

Monsieur Maurice Brun y monsieur Armand Armagnac atravesaban los soleados Champs Elysées con una especie de animada respetabilidad. Ambos eran bajos, activos y audaces. Los dos tenían barbas negras que daban la impresión de no pertenecer a su cara, de acuerdo con la extraña moda francesa que hace que el pelo de verdad parezca artificial. Monsieur Brun lucía una oscura franja de barba, pegada, según todas las apariencias, bajo el labio inferior. Monsieur Armagnac, para variar, tenía dos barbas, que nacían, respectivamente, de las esquinas de su enfática barbilla. Ambos eran jóvenes y también ateos, con una deprimente rigidez en sus puntos de vista, pero gran versatilidad a la hora de exponerlos. Los dos eran discípulos del gran doctor Hirsch, científico, publicista y moralista.

Monsieur Brun había alcanzado notoriedad mediante su propuesta de que la expresión *Adieu*, de uso tan corriente, fuese tachada de todos los clásicos franceses, y de que se impusiera una pequeña multa por su uso en la vida privada. «A partir de ese momento», decía, «el nombre mismo de vuestro imaginario Dios dejará para siempre de hallar eco en el oído humano». Monsieur Armagnac se especializaba más bien en la resistencia al militarismo, y quería que el estribillo de la Marsellesa se cambiara de *Aux armes, citoyens* a *Aux grèves, citoyens*. Pero su antimilitarismo era de una especie muy peculiar y muy francesa. Un eminente cuáquero inglés, muy acaudalado, que había acudido a verle para preparar el desarme de todo el planeta, quedó muy afligido ante la propuesta de Armagnac de que (para empezar) los soldados rasos fusilaran a sus oficiales.

Y era precisamente en este campo donde los dos jóvenes ateos se separaban más de su líder y padre en la filosofía. El doctor Hirsch, aunque nacido en Francia y adornado con los más gloriosos dones de la educación francesa, tenía, por temperamento, una personalidad distinta: era apacible, soñador, humanitario; y a pesar de su escepticismo filosófico no le faltaba un componente de trascendentalismo. Tenía, por decirlo en pocas palabras, más de alemán que de francés; y aunque sus dos discípulos le admirasen mucho, había un punto de irritación en el subconsciente de estos galos al verle abogar por la paz de una manera tan pacífica. Paul Hirsch era, sin embargo, para sus partidarios en toda Europa, un santo de la ciencia. Sus grandiosas y audaces teorías cósmicas daban testimonio de la austeridad de su vida y de su inocente, aunque un tanto fría, moralidad; su postura era algo así como una mezcla de la de Darwin con la de Tolstói. Pero tampoco se le podía tachar ni de anarquista ni de antipatriota; sus ideas sobre el desarme eran moderadas y evolucionistas. El gobierno de la república había depositado considerable confianza en él acerca de diferentes adelantos químicos. Recientemente, el doctor Hirsch había descubierto incluso un explosivo silencioso, cuyo secreto guardaba el gobierno celosamente.

Su casa se hallaba en una hermosa calle cerca del Elysée; una calle que en aquel caluroso verano parecía casi tan llena de follaje como el mismo parque; una hilera de castaños, que acogía también bajo sus ramas la zona donde un amplio café se adelantaba hasta la calle, cortaba el paso a la luz del sol. Casi enfrente de este café se hallaban las persianas verdes y blancas de la casa del gran científico, y una galería de hierro, también pintada de verde, que corría a lo largo de la fachada delante de los ventanales del primer piso. Debajo se situaba la entrada a una especie de patio, adornado con arbustos y azulejos, en el que Brun y Armagnac entraron charlando animadamente.

Simón, el anciano criado del doctor Hirsch, que, gracias a su severo traje negro, sus gafas, su cabello

gris y sus cordiales maneras, podría muy bien haber pasado por su amo, fue quien les abrió la puerta. De hecho, el sirviente resultaba un hombre de ciencia mucho más presentable que el doctor Hirsch, que no pasaba de ser una especie de rábano ahorquillado, con la suficiente protuberancia a modo de cabeza como para que su cuerpo resultase insignificante. Con toda la gravedad de un médico eminente entregando una receta, Simón ofreció una carta a monsieur Armagnac, que rasgó el sobre con una impaciencia muy francesa y leyó rápidamente lo que sigue:

«No me es posible bajar a hablar con ustedes. Hay un individuo en esta casa al que me niego a recibir. Es un oficial chovinista, llamado Dubosc. Está sentado en las escaleras. Ha estado dando patadas a los muebles en todas las demás habitaciones; me he encerrado en el estudio, que queda enfrente de ese café. Si me tienen ustedes afecto, vayan al café y esperen en una de las mesas de la terraza. Trataré de enviárselo. Quiero que le respondan y que traten con él. Yo no puedo recibirle personalmente. No puedo y no lo haré.

Va a producirse otro caso Dreyfus.

P. Hirsch.»

Monsieur Armagnac miró a monsieur Brun. Monsieur Brun cogió la carta, la leyó y se quedó mirando a monsieur Armagnac. Luego ambos se dirigieron a buen paso a una de las mesitas bajo los castaños, donde se hicieron servir dos grandes vasos de horrible ajenjo verde, bebida que al parecer ambos podían consumir en cualquier estación y a cualquier hora. Por lo demás el café daba la impresión de estar vacío, con la excepción, en una mesa, de un soldado que tomaba café, y, en otra, de un individuo muy alto y fuerte con un vasito de almíbar y de un sacerdote que no tomaba nada.

Maurice Brun se aclaró la garganta y dijo:

—Por supuesto tenemos que ayudar al maestro de cualquier manera, pero…

Hubo un brusco silencio y Armagnac dijo:

—Quizá tenga excelentes razones para no entrevistarse personalmente con ese individuo, pero…

Antes de que ninguno de los dos completara una frase, resultó evidente que el invasor había sido expulsado de la casa de enfrente. Los arbustos situados bajo la arcada se inclinaron hasta abrirse por completo, y el molesto huésped salió disparado de entre ellos como si se tratase de una bala de cañón.

El sujeto en cuestión poseía una sólida contextura y un pequeño y ladeado sombrero tirolés de fieltro; y, a decir verdad, toda su figura tenía en líneas generales algo de tirolés. De hombros anchos y robustos, sus piernas, por el contrario, resultaban esbeltas y activas, enfundadas en pantalones hasta la rodilla y medias de punto. De rostro muy moreno, sus ojos castaños brillaban y se movían inquietos; por delante llevaba el pelo, muy oscuro, tiesamente peinado hacia atrás, y muy corto a la altura del cogote, delineando un cráneo cuadrado y poderoso; y poseía un enorme bigote negro, semejante a los cuernos de un bisonte. Una cabeza tan notable se sustenta de ordinario en un cuello de toro, pero el suyo quedaba oculto por una gran bufanda de colores, liada en torno a sus orejas y que le caía por delante dentro de la chaqueta como si se tratase de una especie de chaleco de fantasía. Era una bufanda de fuertes colores apagados, rojo oscuro y oro viejo y morado, probablemente de fabricación oriental. En conjunto, aquel personaje tenía un algo de bárbaro; había más en él de caballero húngaro que de oficial galo corriente y moliente. Su francés, sin embargo, era, a todas luces, el de un nativo; y su patriotismo francés era tan impulsivo que resultaba ligeramente absurdo.

Su primera reacción al salir disparado de la arcada fue gritar con voz de clarín en dirección a la calle: «¿Hay algún francés aquí?», como si estuviera pidiendo cristianos en La Meca.
Armagnac y Brun se pusieron inmediatamente en pie; pero lo hicieron con retraso. Desde todas las esquinas de la calle corrían ya los hombres; en seguida se formó una pequeña multitud que crecía constantemente. Con el rápido instinto francés para la política callejera, el individuo del bigote negro había corrido hasta una esquina del café para subirse a una de las mesas; allí, después de agarrarse a la rama de un castaño con el fin de no perder el equilibrio, gritó como lo hiciera Camille Desmoulins cuando esparció las hojas de roble entre la turba.
—¡Franceses! —lanzó a voleo—; ¡no puedo hablar! Pero, que Dios me ayude, ¡ésa es la razón de que esté hablando! Los individuos que aprenden a hablar en nuestros inmundos parlamentos también aprenden a guardar silencio…, ¡a guardar silencio como ese espía que se agazapa en la casa de enfrente! ¡A guardar silencio como hace él cuando aporreo la puerta de su dormitorio! ¡A guardar silencio como lo hace ahora, a pesar de que oye mi voz desde el otro lado de la calle y se estremece mientras sigue sentado! ¡Sin duda, los políticos son capaces de guardar silencio de manera muy elocuente! Pero ha llegado el momento de que hablemos los que no podemos hablar. Se os está entregando a los prusianos. Estáis siendo traicionados en este momento. Traicionados por ese hombre. Soy Jules Dubosc, coronel de artillería, con destino en Belfort. Ayer capturamos un espía alemán en los Vosgos, y se le encontró un papel…, un papel que tengo ahora en mi mano. ¡Claro que han tratado de echar tierra encima! Pero yo se lo he traído directamente al hombre que lo escribió…, ¡al dueño de esa casa! Es su letra. Está firmado con sus iniciales. Son instrucciones para encontrar la fórmula secreta de esa nueva pólvora silenciosa. Hirsch la ha inventado, y es Hirsch quien ha escrito esta nota que está en alemán, y que se ha encontrado en un bolsillo alemán. «Dígale al responsable que la fórmula de la pólvora se halla en un sobre gris en el primer cajón a la derecha del escritorio del ministro, en el Ministerio de la Guerra, y que está escrita con tinta roja. Ha de tener mucho cuidado. P. H.»
El individuo del bigote negro lanzaba frases cortas como una ametralladora, pero era sin duda alguna el tipo de hombre que o está loco o tiene razón. La mayor parte de la multitud era nacionalista y formaba ya un amenazador alboroto; y una minoría de intelectuales igualmente furiosos, dirigidos por Armagnac y Brun, sólo lograba que la mayoría se sintiera más militante.
—Si se trata de un secreto militar —gritó Brun—, ¿por qué se pone usted a chillar en mitad de la calle?
—¡Voy a decirle por qué lo hago! —rugió Dubosc por encima de la ruidosa multitud—. Me he dirigido a este hombre con franqueza y cortesía. Si tenía alguna explicación podía haberla ofrecido con total confianza. Pero se niega a explicar nada. Me remite a dos desconocidos en un café como a dos lacayos. ¡Me ha echado de su casa, pero voy a volver a ella, con el pueblo de París detrás de mí!
Un alarido pareció hacer temblar la fachada de la mansión vecina; dos piedras salieron volando y una rompió un ventanal a la altura de la galería. El indignado coronel se lanzó una vez más bajo la arcada y se le oyó gritar y tronar en el interior. A cada momento el mar humano se hacía mayor y se estrellaba contra la verja y los escalones de la casa del traidor; cuando ya no cabía duda de que aquel lugar iba a ser asaltado como la Bastilla, se abrió el ventanal con el cristal roto y el doctor Hirsch salió a la galería. Por un momento, el furor se convirtió a medias en risa; porque el famoso

científico resultaba una figura absurda en aquella escena. El largo cuello al descubierto y los hombros caídos le daban la forma de una botella de champán, pero ése era el único detalle festivo de su aspecto. La chaqueta le colgaba como si Hirsch fuese una percha; el pelo, de color zanahoria, lo llevaba largo y descuidado; y las mejillas y la barbilla se hallaban totalmente orladas por una de esas irritantes barbas que comienzan muy lejos de la boca. Estaba muy pálido y llevaba puestas unas gafas azules.

A pesar de su lividez habló con una especie de modesta decisión que hizo que la multitud se callara a mitad de la tercera frase.

—… sólo tengo dos cosas que decirles a ustedes en este momento. La primera para mis enemigos, la segunda para mis amigos. A mis enemigos les digo: es cierto que no voy a recibir a monsieur Dubosc, a pesar del estrépito que está organizando en la puerta misma de esta habitación. Es cierto que he pedido a otras dos personas que se enfrenten con él en mi lugar. ¡Y voy a decirles por qué! Porque no debo ni puedo verlo…, porque verlo iría contra todas las reglas de la dignidad y del honor. Antes de que se me declare inocente con todos los pronunciamientos favorables ante un tribunal, existe otro arbitraje que este señor me debe como caballero, y al remitirle a mis padrinos estoy estrictamente…

Armagnac y Brun agitaban sus sombreros desaforadamente, e incluso los enemigos del doctor aplaudieron con entusiasmo ante este inesperado desafío. De nuevo unas cuantas frases resultaron inaudibles, pero después se oyó decir a Hirsch:

—A mis amigos: confieso que yo siempre preferiré armas intelectuales, y confío en que una humanidad plenamente desarrollada se limite a estas últimas. Pero nuestra verdad más preciosa es la fuerza fundamental de la materia y la herencia. Mis libros tienen éxito; nadie refuta mis teorías; pero en política me tropiezo con un prejuicio francés que es casi un defecto físico. Yo no puedo hablar como Clemenceau y Déroulède, porque sus palabras son como ecos de sus pistolas. Los franceses exigen un duelista como los ingleses exigen una persona con espíritu deportivo. De acuerdo, voy a pasar la prueba: pagaré este bárbaro precio y luego volveré a la razón para el resto de mi vida.

Dos hombres surgieron inmediatamente de la multitud, dispuestos a ofrecer sus servicios al coronel Dubosc, que reapareció enseguida muy satisfecho. Uno era un soldado que tomaba café y se limitó a decir: «Me ofrezco para representarle, coronel. Soy el duque de Valognes.» El otro era el hombre corpulento de elevada estatura; su amigo el sacerdote, después de intentar disuadirle en un primer momento, acabó marchándose solo.

A última hora de la tarde, una cena ligera estaba dispuesta en la parte de atrás del café Charlemagne. Aun sin la protección de ningún cristal ni escayola dorada, los clientes se hallaban casi en su totalidad bajo un delicado e irregular tejado de hojas; porque los árboles ornamentales crecían tan juntos alrededor y entre las mesas como para proporcionar algo de la mezcla de luz y oscuridad de un pequeño huerto. En una de las mesas centrales se encontraba un pequeño sacerdote muy rechoncho, completamente solo, que consumía, con expresión solemne y considerable placer, un buen montón de arenques jóvenes. Aunque su vida diaria era de extraordinaria sencillez, disfrutaba de manera peculiar con algunos lujos tan repentinos como aislados; el Padre Brown era un frugal epicúreo. No levantó los ojos del plato, alrededor del cual el pimentón, los limones, el pan moreno y la mantequilla, etc., se hallaban colocados con gran rigor, hasta que una larga sombra cayó sobre la

mesa, y su amigo Flambeau se sentó frente a él. El detective parecía desalentado.
—Me temo que debo abandonar este asunto —dijo con cansada entonación—. Estoy totalmente a favor de soldados franceses como Dubosc y completamente en contra de ateos de la misma nacionalidad como Hirsch; pero me parece que en este caso hemos cometido una equivocación. El duque y yo decidimos que no estaría de más investigar la acusación, y he de confesar que me alegro de haberlo hecho.
—¿Se trata entonces de una falsificación? —preguntó el sacerdote.
—Eso es precisamente lo más extraño —replicó Flambeau—. La letra es exactamente como la de Hirsch, y nadie es capaz de descubrir el más mínimo error. Pero no la escribió Hirsch. Si es un francés patriota no la escribió porque da información a Alemania. Y si es un espía alemán tampoco la escribió, bueno…, porque no da información a Alemania.
—¿Quiere usted decir que la información es falsa? —preguntó el Padre Brown.
—Falsa, efectivamente —replicó el otro—, y falsa en lo que el doctor Hirsch conoce perfectamente: el sitio donde se guarda su fórmula secreta en su propio despacho oficial. Gracias a la colaboración de Hirsch y de las autoridades, se nos ha permitido al duque y a mí examinar el cajón secreto del Ministerio de la Guerra donde se guarda la fórmula de Hirsch. Somos las únicas personas que conocen el sitio, con la excepción del inventor mismo y del ministro de la guerra; pero el ministro lo ha autorizado para que Hirsch no tenga que batirse en duelo. Después de eso no podemos apoyar a Dubosc si sus revelaciones son un embuste.
—¿Y lo son? —preguntó el Padre Brown.
—Lo son —respondió su amigo con voz sombría—. Se trata de una falsificación muy torpe, hecha por alguien que no sabía nada del verdadero escondite. La nota dice que la fórmula se encuentra en el armario a la derecha del escritorio del ministro. Y en realidad el armario con el cajón secreto se halla a cierta distancia a la izquierda del escritorio. También dice la nota que el sobre gris contiene un largo documento escrito en tinta roja. Pero el documento está escrito con tinta negra ordinaria, no roja. Es a todas luces absurdo pensar que Hirsch se pueda haber equivocado acerca de un documento que sólo él conocía; o que pueda haber tratado de ayudar a un ladrón extranjero diciéndole que busque en el cajón que no es. Creo que hay que dar carpetazo a este asunto y pedir disculpas al viejo pelo de zanahoria.
El Padre Brown pareció reflexionar, alzó un pequeño arenque joven con el tenedor.
—¿Está usted seguro de que el sobre gris estaba en el armario de la izquierda? —preguntó.
—Totalmente —replicó Flambeau—. El sobre gris…, bueno, era blanco en realidad…, estaba…
El Padre Brown depositó de nuevo el pececillo plateado y el tenedor sobre el plato y se quedó mirando a su compañero.
—¿Cómo? —preguntó con voz alterada.
—¿Qué quiere decir con cómo? —replicó Flambeau, comiendo con excelente apetito.
—*No* era gris —dijo el sacerdote—. Flambeau, me asusta usted.
—¿De qué demonios se asusta usted?
—Me asusta un sobre blanco —dijo el otro con gran seriedad—. ¡Si hubiera sido simplemente gris! ¡Caramba, podía perfectamente haber sido gris! Pero si era blanco todo el asunto se pone negro. El doctor ha estado jugando con un poco de azufre después de todo.

—¡Pero le estoy diciendo que no pudo haber escrito semejante nota! —exclamó Flambeau—. Ese papel tiene todos los datos equivocados. Y tanto si es inocente como si es culpable, el doctor Hirsch conocía todos los datos.

—El hombre que escribió la nota conocía perfectamente todos los datos —dijo el clérigo solemnemente—. Nunca podría haberse confundido tanto sin conocerlos. Hay que saber muchísimo para equivocarse en todo…, como le sucede al diablo.

—¿Quiere usted decir…?

—Quiero decir que un hombre que dice mentiras al albur habría acertado parte de la verdad —explicó el sacerdote con firmeza—. Imagínese que alguien le enviara a encontrar una casa con una puerta verde y una persiana azul, con un jardín delante pero no detrás, con un perro pero sin gato, y donde se bebe café pero no té. Usted dirá que si no encontrara una casa así todo sería una invención. Pero yo digo que no. Digo que si encontrara usted una casa donde la puerta fuese azul y la persiana verde, donde hubiera un jardín detrás pero no delante, donde los gatos fueran moneda corriente y a los perros se les pegase un tiro nada más verlos y donde el té se tomara en tazas de cuarto de litro y el café estuviese prohibido…, sabría que ha encontrado la casa. Quien le dio la información tenía que conocer esa determinada casa para ser tan exactamente inexacto.

—Pero, ¿qué significa eso? —preguntó el otro comensal.

—No sabría decirlo —respondió Brown—; confieso no entender en absoluto este asunto Hirsch. Cuando sólo era cuestión del cajón izquierdo en lugar del derecho, y de tinta roja en lugar de negra, creí que tal vez se tratara de las equivocaciones fortuitas de un falsificador, como usted dice. Pero el tres es un número místico; es un número que acaba las cosas. También cierra ésta. Que las instrucciones acerca del cajón, del color de la tinta y del color del sobre no sean *en ningún caso* correctas por casualidad prueba que no se trata de una coincidencia. No puede serlo.

—¿Qué ha sido entonces? ¿Traición? —preguntó Flambeau, reanudando la cena.

—Tampoco estoy seguro —respondió Brown, con expresión de total desconcierto—. Lo único que se me ocurre… Bueno, yo nunca entendí el caso Dreyfus. Siempre me hago cargo de las pruebas morales mejor que de las otras. Me guío por los ojos y la voz de un hombre, ya lo sabe usted, y me entero de si su familia parece feliz y de qué temas de conversación elige…, y de cuáles evita. Bueno, tengo que confesar mi perplejidad ante el caso Dreyfus. No debido a las horribles acusaciones que se hicieron por ambos lados; sé (aunque no resulta moderno decirlo) que la naturaleza humana en los lugares más altos todavía es capaz de equipararse con los Cenci o los Borgia. No; lo que me desconcertaba era la *sinceridad* de los dos bandos. No me refiero a los partidos políticos; los militantes de base son siempre más o menos honestos, y con frecuencia incautos. Me refiero a los personajes del drama. Me refiero a los conspiradores, si es que los había. Me refiero al traidor, si es que había un traidor. Me refiero a los hombres que *tienen* que haber sabido la verdad. Dreyfus siguió adelante como un hombre que *sabía* que se estaba cometiendo una injusticia con él. Y, sin embargo, los estadistas y los militares franceses siguieron adelante como si *supieran* que no era un hombre tratado injustamente, sino simplemente una mala persona. No estoy diciendo que se comportasen bien; tan sólo digo que lo hicieron como si estuvieran seguros. No soy capaz de describir estas cosas; sé lo que quiero decir.

—Ojalá lo supiera yo —dijo su amigo—. ¿Y qué tiene que ver eso con el viejo Hirsch?

—Imagínese a una persona que ocupa una posición de confianza —continuó el sacerdote— y que empezase a dar información al enemigo porque era información falsa. Imagínese que esa persona pensara incluso que estaba salvando a su país desorientando a los extranjeros. Imagínese que esto le llevara a los círculos de espías y se le hicieran pequeños préstamos y se fuese ligando con pequeños lazos. Imagínese que mantuviera su contradictoria posición por el sistema de no decir nunca la verdad a los espías extranjeros, pero permitiendo cada vez más y más adivinarla. La mejor parte de su personalidad (lo que quedase de ella) todavía diría: «No he ayudado al enemigo; dije que estaba en el cajón derecho.» Su peor parte estaría ya diciendo: «Pero quizá tengan el suficiente sentido común como para ver que eso quiere decir el izquierdo.» Lo considero psicológicamente posible… en una edad esclarecida, ya se da usted cuenta.

—Quizá sea psicológicamente posible —respondió Flambeau—, y sin duda explicaría que Dreyfus estuviese seguro de la injusticia que se cometía con él y que sus jueces estuvieran convencidos de que era culpable. Pero no resiste el examen histórico, porque el documento de Dreyfus (si es que era suyo) era literalmente correcto.

—No estaba pensando en Dreyfus —dijo el Padre Brown.

El silencio había ido instalándose a su alrededor al vaciarse progresivamente las mesas; ya era tarde, aunque la luz del sol continuaba agarrada a todas las cosas, como si se hubiera enredado accidentalmente con los árboles. Flambeau movió la silla bruscamente —produciendo un ruido aislado que se prolongó en numerosos ecos— y sacó un codo por encima del respaldo.

—Bien —dijo, bastante ásperamente—, si Hirsch no es más que un tímido traidor de vía estrecha…

—No debe usted mostrarse demasiado duro con ellos —dijo el Padre Brown con dulzura—. No es del todo falta suya; pero carecen de instintos. Me refiero a esos impulsos que hacen que una mujer se niegue a bailar con un hombre o que un hombre no se interese por una inversión. Se les ha enseñado que todo es cuestión de grado.

—En cualquier caso —exclamó Flambeau con impaciencia—, eso no es ningún desdoro para mi representado; y pienso llegar hasta el final. El viejo Dubosc quizá esté un poco loco, pero es un patriota después de todo.

El Padre Brown siguió consumiendo arenques jóvenes.

Algo en su impasible manera de hacerlo tuvo la culpa de que los ardientes ojos negros de Flambeau examinaran de nuevo detenidamente a su acompañante.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó—. A Dubosc no se le puede poner ninguna pega en ese aspecto. ¿Es que duda usted de él?

—Mi querido amigo —dijo el sacerdote, dejando el cuchillo y el tenedor con una especie de fría desesperación—, dudo de todo. Me refiero a todo lo que ha sucedido hoy. Dudo de toda la historia, aunque se haya representado en mi presencia. Dudo de todo lo que han visto mis ojos desde esta mañana. Hay algo en este asunto completamente distinto del misterio policíaco ordinario en el que un hombre miente más o menos y el otro está más o menos diciendo la verdad. Aquí ambos hombres… ¡no sé! Le he contado la única teoría que se me ocurre que podría satisfacer a alguien. Pero a mí no me satisface.

—Ni a mí tampoco —replicó Flambeau frunciendo el ceño, mientras el otro seguía comiendo pescado con aire de total resignación—. Si todo lo que puede usted sugerir es esa idea de un mensaje

transmitido mediante los datos opuestos, yo lo consideraría de una inteligencia fuera de lo común, pero…, bueno, ¿qué opinión le merece a usted?

—Yo lo llamaría poco convincente —dijo el sacerdote con presteza—. Yo lo llamaría extraordinariamente poco convincente. Pero eso es lo extraño de todo este asunto. La mentira es como la de un colegial. Sólo hay tres versiones: la de Dubosc y la de Hirsch y la extravagancia que se me ha ocurrido a mí. O esa nota la escribió un oficial francés para hundir a un funcionario francés; o la escribió un funcionario francés para ayudar a oficiales alemanes; o la escribió un funcionario francés para desorientar a oficiales alemanes. Muy bien. Cualquiera esperaría que un documento secreto con el que se comunica ese tipo de personas, funcionarios u oficiales, tuviera un aspecto muy distinto del que tiene éste. Cualquiera esperaría un escrito en clave, probablemente, como mínimo con abreviaciones; con toda seguridad, términos científicos y estrictamente profesionales. Pero esta nota es esmeradamente simple, como un folletín de perra gorda: «En la cueva morada encontrarás el cofre dorado.» Parece como si…, como si estuviera pensado para que se descubriese el juego inmediatamente.

Casi antes de que pudieran darse cuenta, un hombre no muy alto con uniforme del ejército francés había llegado a toda velocidad hasta su mesa, sentándose con una especie de ruido sordo.

—Traigo las más extraordinarias noticias —dijo el duque de Valognes—. Vengo de ver ahora mismo a nuestro coronel. Está haciendo el equipaje para irse al extranjero, y nos ha pedido que presentemos sus excusas *sur le terrain*.

—¿Cómo? —exclamó Flambeau con total incredulidad—. *¿Pedir disculpas?*

—Sí —respondió el duque con expresión ceñuda—; de inmediato, delante de todo el mundo, cuando las espadas están desenvainadas. Y usted y yo tenemos que hacerlo mientras él se marcha de Francia.

—Pero, ¿qué quiere decir eso? —exclamó Flambeau—. ¡No es posible que tenga miedo de ese insignificante Hirsch! ¡Maldita sea! —estalló, con una especie de indignación racional—, ¡nadie puede tener miedo de Hirsch!

—¡Yo creo que es una intriga! —dijo bruscamente Valognes—, una intriga de los judíos y de los masones. Se trata de prestigiar a Hirsch…

El rostro del Padre Brown, nada extraordinario, tenía una expresión curiosamente satisfecha; podía reflejar tanto la ignorancia como una profunda comprensión de los hechos. Pero había siempre un instante en que caía la máscara de la simpleza y ocupaba su puesto la de la inteligencia; y Flambeau, que conocía a su amigo, supo que el sacerdote había comprendido de repente. Brown no dijo nada, pero se terminó el plato de pescado.

—¿Dónde ha visto usted por última vez a nuestro inapreciable coronel? —preguntó Flambeau con tono irritado.

—Está en el hotel Saint Louis, junto al Elysée, a donde fuimos en coche con él. Le repito que está haciendo el equipaje.

—¿Cree usted que todavía seguirá allí? —preguntó Flambeau, mirando ceñudamente la mesa.

—No creo que se haya podido ir —replicó el duque—, necesitará mucho equipaje para un viaje tan largo…

—No —dijo el Padre Brown con voz perfectamente normal, pero poniéndose en pie de repente—, se trata de un viaje muy corto. Uno de los más cortos, a decir verdad. Pero quizá podamos encontrarle

aún si tomamos un taxi.
No fue posible sacarle una palabra más hasta que el coche torció en la esquina del hotel Saint Louis, donde se apearon; desde allí el sacerdote dirigió al pequeño grupo por un callejón lateral envuelto en densas sombras a causa del crepúsculo. En una ocasión, cuando el duque preguntó impaciente si Hirsch era culpable o no de traición, Brown le contestó con aire bastante distraído:
—No; tan sólo de ambición…, como César. —Luego añadió de manera un tanto incoherente—: Lleva una vida muy solitaria; tiene que hacérselo todo él mismo.
—Bien, si es ambicioso podrá sentirse satisfecho —dijo Flambeau con bastante amargura—. Todo París le aclamará ahora que nuestro condenado coronel se va con el rabo entre las piernas.
—No hable tan alto —dijo el Padre Brown, bajando la voz—, su condenado coronel está justo delante de nosotros.
Sus dos acompañantes dieron un respingo y se refugiaron aún más en la sombra de la tapia, porque vieron la robusta figura de su huidizo representado, que caminaba cansinamente a la luz del atardecer, con una maleta en cada mano. Seguía teniendo prácticamente el mismo aspecto que la primera vez que lo vieron, aunque había cambiado su pintoresco pantalón de montañero por otro mucho más corriente. No cabía la menor duda de que estaba escapando del hotel.
El callejón por el que le seguían era uno de esos que parecen estar detrás de todas las cosas y tienen el aspecto de un decorado teatral visto desde bastidores. Una larga tapia descolorida ocupaba uno de sus lados, interrumpida a intervalos por sucias puertas de colores apagados, todas cerradas a cal y canto y sin otro rasgo característico que los garabatos con tiza trazados por algún *gamin* al pasar. Las copas de los árboles, en su mayor parte coníferas bastante deprimentes, aparecían de vez en cuando por encima de la tapia, y más allá, en el crepúsculo gris y morado, se distinguía la parte trasera de alguna larga terraza de las altas casas parisinas; terrazas que, en realidad, no estaban nada lejos, pero que parecían, extrañamente, tan inaccesibles como una cordillera de montañas de mármol. Al otro lado del callejón corría la alta verja dorada de un melancólico parque. Flambeau miraba a su alrededor de una manera bastante extraña.
—¿Saben ustedes? —dijo—, hay algo acerca de este sitio que…
—¡Miren! —exclamó el duque—; ese individuo ha desaparecido. ¡Se ha desvanecido como si fuera un duende!
—Tiene una llave —explicó el Padre Brown—. No ha hecho más que entrar por la puerta de uno de los jardines. —Y, mientras hablaba, oyeron cómo una de las deslustradas puertas de madera se cerraba delante de ellos con un chasquido.
Flambeau se acercó a grandes zancadas a la puerta que casi le habían cerrado en las narices, y se quedó un momento quieto frente a ella, mordiéndose el bigote comido por la curiosidad. Luego levantó los largos brazos y, lanzándose hacia lo alto como un mono, se encaramó sobre la tapia, y su enorme figura se recortó, como las oscuras copas de los árboles, contra el cielo morado.
El duque miró al sacerdote.
—La huida de Dubosc es más complicada de lo que pensábamos —dijo—; pero imagino que está huyendo de Francia.
—Está huyendo de todas partes —respondió el Padre Brown.
Los ojos de Valognes brillaron, pero su voz se convirtió en un susurro.

—¿Habla usted de un suicidio? —preguntó.
—No encontrarán ustedes el cuerpo —replicó Brown.
Flambeau lanzó una especie de grito desde lo alto de la tapia.
—¡Dios mío! —exclamó en francés—, ¡ya sé dónde estamos! ¡Detrás de la calle donde vive el viejo Hirsch! ¡Y yo creía que sabía reconocer una casa por detrás tan bien como a un hombre!
—¡Y Dubosc ha entrado ahí! —intervino el duque, dándose un golpe en la cadera—. ¡Así que van a entrevistarse después de todo! —Y con repentina agilidad francesa, trepó hasta colocarse al lado de Flambeau sobre la tapia, presa del mayor entusiasmo. Tan sólo el sacerdote se quedó abajo, apoyado contra la tapia, de espaldas al teatro de los acontecimientos, mirando pensativamente la verja del parque y los centelleantes árboles medio en sombras.
El duque, por muy entusiasmado que sé sintiera, tenía los modales de un aristócrata, y prefería contemplar la casa desde lejos en lugar de actuar como un espía; pero Flambeau, que tenía las tendencias de un ladrón de casas (y de un detective), saltó inmediatamente desde la tapia al sitio donde se bifurcaba el tronco de un árbol muy frondoso, para desde allí arrastrarse por una rama hasta colocarse muy cerca de la única ventana iluminada en la alta casa a oscuras. Alguien había bajado una persiana roja, pero estaba torcida, de manera que quedaba abierta por una lado. Flambeau, jugándose el cuello al avanzar por una rama que parecía tan poco resistente como un tallo joven, logró ver al coronel Dubosc deambulando por un dormitorio muy lujoso y brillantemente iluminado. Pero aunque el detective estaba muy cerca de la casa, oyó las palabras de sus colegas junto a la tapia y las repitió en voz baja.
—Sí, ¡van a entrevistarse después de todo!
—No se verán jamás —dijo el Padre Brown—. Hirsch tenía razón al decir que en un asunto así los protagonistas no deben entrevistarse. ¿Ha leído usted un extraño relato psicológico de Henry James, acerca de dos personas que, por casualidad, consiguen no encontrarse nunca y lo hacen con tanta perseverancia que empiezan a tener miedo el uno del otro y a pensar que es el destino? Este caso es algo parecido, pero más curioso.
—Hay personas en París que les curarán de semejantes fantasías morbosas —dijo Valognes con tono resentido—. No les quedará más remedio que enfrentarse si los capturamos y les obligamos a batirse.
—No se encontrarán ni siquiera en el día del Juicio Final —dijo el sacerdote—. Aunque Dios todopoderoso empuñase la vara que señala la entrada en liza, y aunque san Miguel tocara la trompeta para cruzar las espadas…, incluso entonces, si uno estuviera dispuesto el otro no aparecería.
—Pero, ¿a qué viene todo este misticismo? —exclamó el duque de Valognes, lleno de impaciencia —, ¿por qué demonios no podrían enfrentarse como otras personas?
—Se oponen entre sí —dijo el Padre Brown, con una especie de extraña sonrisa—. Se contradicen mutuamente. Se borran el uno al otro por así decirlo.
Siguió contemplando los árboles cada vez más oscuros que tenía enfrente, pero Valognes volvió bruscamente la cabeza ante una contenida exclamación de Flambeau. El detective, que vigilaba la habitación iluminada, acababa de ver cómo el coronel, después de un par de pasos, procedía a quitarse la chaqueta. La primera idea de Flambeau fue que aquello empezaba realmente a tener aspecto de pelea; pero pronto hubo de renunciar a esa suposición. La solidez y la robustez del tórax y

de los hombros de Dubosc no era más que una gran pieza de relleno de la que se despojó junto con la chaqueta. En mangas de camisa y pantalones era un caballero comparativamente flaco, que atravesó el dormitorio camino del cuarto de baño con la intención nada belicosa de asearse. Después de inclinarse sobre una palangana, se secó las manos y el rostro con una toalla, y al volverse de nuevo, la luz de la lámpara le iluminó la cara de lleno. Había desaparecido su tez morena y también su enorme bigote negro; aparecía en cambio un rostro completamente afeitado y muy pálido. Del coronel no quedaban ya más que sus brillantes ojos castaños, semejantes a los de un halcón.

Junto a la tapia, el Padre Brown seguía en profunda meditación como si hablara consigo mismo:

—Todo es exactamente como lo que le estaba diciendo a Flambeau. Estos opuestos no sirven. No funcionan. No se pelean. Si se trata de blanco en lugar de negro, y de sólido en lugar de líquido, y así con todo lo demás…, entonces hay algo que está mal, monsieur, hay algo que está muy mal. Uno de estos dos hombres es rubio y el otro moreno, uno robusto y el otro flaco, uno fuerte y el otro débil. Uno tiene bigote pero carece de barba, de manera que no se le ve la boca; el otro tiene barba pero no bigote, y no se le ve la barbilla. Uno tiene el pelo casi cortado al cero, pero usa una bufanda para ocultar el cuello; el otro lleva cuellos de camisa muy bajos, pero el pelo largo para ocultar la forma de la cabeza. Resulta todo demasiado preciso y correcto, monsieur, y hay algo que está mal. Cosas tan contrarias no están hechas para pelearse. Cuando uno sale a la superficie el otro se zambulle. Es igual que una cara y una máscara, o una cerradura y una llave…

Flambeau contemplaba el interior de la casa con el rostro tan blanco como el papel. El ocupante de la habitación estaba de espaldas a él, pero situado delante de un espejo, y ya se había colocado una especie de marco de frondoso pelo color zanahoria en la cara, pelo que le colgaba desordenadamente de la cabeza y que se le pegaba a las mandíbulas y a la barbilla, mientras dejaba al descubierto la boca burlona. Visto así en el espejo, el pálido rostro parecía la cara de un Judas riendo atrozmente y rodeado por las saltarinas llamas del infierno. Durante un momento de indignación Flambeau vio bailar los ardientes ojos de color castaño casi rojo; luego quedaron cubiertos por un par de gafas azules. Después de embutirse una amplia chaqueta negra, la figura desapareció, camino de la parte delantera de la casa. Instantes después, el estruendo del aplauso popular desde la calle anunció que, una vez más, el doctor Hirsch había hecho su aparición en la galería.

GILBERT KEITH CHESTERTON (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936). Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, G.Ks Weekly.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia oficiada por su amigo el padre O´Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (El caballero salvaje, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (Robert Browning, Dickens o Bernard Shaw, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con El hombre que fue Jueves, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por El candor del padre Brown, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo, excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de

gran poder de persuasión.